

ADMINISTRACION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS

AL BORDE DEL ABISMO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

DON LUIS RIVERA

Estrenada en el teatro de Novedades el 20 de Noviembre
de 1863.



MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1863.

CATÁLOGO

de la Administración general de obras dramáticas y líricas

de don Francisco Rubio,

calle de San Pedro Mártir, núm. 12, cuarto 2.º

OBRAS DRAMÁTICAS EN UN ACTO.

TÍTULOS DE LAS OBRAS.	NOMBRES DE LOS AUTORES.	PRS.
Al que se hace de miel.....	D. Manuel García Gonzalez.....	4
El huérfano ó el niño mendigo.....	Lauzeano Sanchez de Garay.....	4
¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!...	Eduardo Zamora y Caballero.....	4
Fuego entre ceniza.....	Javier de Ramirez.....	8
Fortunato Azares.....	Pedro Yago.....	4
El tío Fidel.....	José D'Araujo.....	4
Las pesquisas de mi suegro.....	Manuel García Gonzalez.....	4
Los dos preceptores.....	M. Breton de los Herreros..	4
La mujer debe seguir al marido.....	José D'Araujo.....	4
Me conviene esta mujer.....	Eduardo Zamora y Caballero.....	4
Misterios de la calle del Gato.....	Manuel García Gonzalez.....	4
¡Presente, mi general!.....	Luis Rivera.....	4
Por un bofetón un duelo.....	José Mazo.....	4
Triana la Macarena.....	Eugenio Sanchez de Fuentes..	4
Vida prosáica.....	Antonio María Segovia.....	4
Un pollo que sufre mucho.....	Manuel García Gonzalez.....	4

EN DOS ACTOS.

El caballero pobre.....	D. Eugenio de Olavarria.....	6
-------------------------	------------------------------	---

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Achaques de la vejez.....	D. Eulogio Florentino Sanz.....	8
Al borde del abismo.....	Luis Rivera.....	8
Don Tello de Guzman.....	Manuel García Gonzalez.....	8
El padre de familia.....	Luis Rivera.....	8
El honor y el trabajo.....	Idem.....	8
¡Españoles, á Marruecos!.....	Diego Segura.....	8
Las aves de paso.....	Luis Rivera.....	8
La historia de una madre.....	Luis Cortés y Suaña.....	8
La princesita.....	Lauzeano Sanchez de Garay..	8
La fragata Belona.....	José D'Araujo.....	8
La piedra de toque.....	Eduardo Zamora y Caballero.....	8
La teoría de la voluntad.....	Pedro Yago.....	8
Loco de amor.....	M. de Cuendias.....	8
Los frahceses en España.....	Antonio Mendoza.....	8
Pecados del siglo XIX.....	José D'Araujo.....	8
Un día en el gran mundo.....	Eduardo Zamora y Caballero.....	8
Marco Spada.....	Idem.....	8

ZARZUELAS EN UN ACTO.

Atala y Chactas.....	{Libreto. D. Pedro Escamilla.....	4
	{Música (1). Modesto Julian.....	140
Cada loco con su tema.....	{Libreto. Graciliano de Puga.....	4
	{Música. Manuel Crescj.....	120
Casado y soltero.....	Libreto. Luis de Olona.....	4
El amor y el almuerzo.....	Idem.....	4
El Grumete.....	Música. Emilio Arrieta.....	160
El hombre feliz (Monólogo).....	Idem.....	50
El Sonámbulo.....	Idem.....	160
Gracias á Dios que está puesta la mesa.	Libreto. Luis de Olona.....	4
Guerra á muerte.....	Música. Emilio Arrieta.....	160
Impresiones de un viaje.....	Libreto. Luis Rivera.....	4
Julio César (Monólogo).....	Idem.....	4
La cotorra.....	Libreto. Luis de Olona.....	2
La pupila.....	Música. Joaquin Miró.....	160
La cruz de los Humeros.....	Idem. Manuel Crescj.....	200
La zarzuela (Mitad).....	Libreto. Luis de Olona.....	4
La dama del Rey.....	Música. Emilio Arrieta.....	160
La vuelta del Corsario (segunda parte de <i>El Grumete</i>).....	Música. Idem.....	160
Lo que de Dios está.....	{Libreto. Graciliano de Puga.....	4
	{Música. Manuel Crescj.....	140
Las bodas de Juanita.....	Libreto. Luis de Olona.....	4

(1) Toda partitura que se pida por los representantes de esta galería, se considera como vendida, y los mismos han de responder de su importe.

AL BORDE DEL ABISMO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

original de

DON LUIS RIVERA

Estrenado en el teatro de Novedades el 20 de Noviembre
de 1863.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE T. FORTANET

calle de la Libertad, núm. 29

1863.

AL BORDO DEL BISMO

AL BORDO DEL BISMO



Digitized by the Internet Archive
in 2014

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.

ACTORES

MATILDE, marquesa de Alcira.	D. ^a MARIA RODRIGUEZ.
ADELA DE MONREAL. . .	JOSEFA RIZO.
JORGE, marqués de Alcira.	D. JOSÉ ORTIZ.
JOSÉ ROMERO, bajo el nombre de San Genaro.	BENITO CHAS DE LAMOTTE.
CORONEL.	ANTONIO VIVANCOS.
MOSQUERA.	CEFERINO HERNANDEZ.
EL CONDE DE ALMORA-DIX.	SR. VAZQUEZ
EL DUQUE DEL ARBOL SECO.	PERALES.
DAMIAN.	RICA.
JUAN.	JUSTO.
PEDRO	N. N.

La escena es en Madrid: la accion contemporánea.

ACTO PRIMERO.

Salon espléndidamente iluminado; tres puertas al fondo que dan á otro salon; puertas laterales.—Mesa de juego á la derecha del actor; sofá á la izquierda.—Alfombra, muebles de lujo, etc.

ESCENA PRIMERA.

CORONEL.—MOSQUERA.

CORONEL. Ven acá, Mosquera: todo está en regla ¿no es verdad?

MOSQUERA. Sí, señor.

CORONEL. ¿No falta nada?

MOSQUERA. ¡Yo soy muy particular en esto de fiestas! ¡Toma! quince años llevo ya en la casa...

CORONEL. ¿Quince?

MOSQUERA. Justo, salvo aquel año fatal...

CORONEL. Ya recuerdo.

MOSQUERA. Siempre he estado con la mayor voluntad, sirviendo al marqués de Alcira.

CORONEL. Así has llegado á alcanzar su confianza.

MOSQUERA. Es muy bueno.

El amu es de mazapan

por lo dulce. ¿Pues y el ama?
la hermana de usía.

CORONEL. ¡Ya!
No descuides nada: quiero
que circule sin cesar
el ponche.

MOSQUERA. Yo estoy en todo.

CORONEL. La mayor puntualidad
te recomiendo.

MOSQUERA. Ya tengo
cada cosa en su lugar,
y entro, y salgo, y el bufet
registro, y mi actividad
es tal, que aquí tengo un pié
y otro tengo en el zaguan. (*Vase.*)

ESCENA II.

CORONEL.—DAMIAN.

DAMIAN. ¡Coronel!

CORONEL. ¡Amigo mio!

DAMIAN. Al cabo llego á estrechar
tu mano. Ya hace dos años
que no vienes por acá.

CORONEL. ¡Qué quieres! Así lo manda
la ordenanza militar.
Donde está mi regimiento
allí mis glorias están.

DAMIAN. ¿Y has venido?...

CORONEL. Con licencia,
porque queria abrazar
á mi hermana y á su esposo.

DAMIAN. Brillante fiesta nos dan
esta noche.

CORONEL. ¡Con mil diablos!
Asi su entrada triunfal
han de hacer en el gran mundo.

DAMIAN. Tú has venido á celebrar...

CORONEL. ¡Pues no! Cuando se casaron
estaba yo en Tetuan,
y pocos dias despues
se fueron á viajar
por Francia, donde han pasado

la luna de miel; y más
de un año de matrimonio
no fué bastante á entibiar
su cariño, que áun se adoran
como el primer dia.

DAMIAN.

¡Ajá!

Eso se llama querer.

CORONEL.

Y querer sin ejemplar.

DAMIAN.

¿Y tú no te casas?

CORONEL.

¿Yo?

¡Qué idea!

DAMIAN.

¿Te asusta?

CORONEL.

¡Bah!

Dicen que es plaza sitiada
el yugo matrimonial,
de donde salir desean
aquellos que dentro están,
mientras los que se hallan fuera
se desviven por entrar.

Pues bueno, mi parecer
difiere de los demás.

Yo en lugar de entrar en ella,

te afirmo á fuer de leal

que á toda plaza sitiada

me gusta bombardear,

pero cuando está rendida

la dejó vivir en paz.

DAMIAN.

¿No te seduce la dicha

de tu cuñado?

CORONEL.

No tal.

Cada uno tiene su punto

de vista. Soy militar:

nuestra vida no se aviene

con la coyunda nupcial.

DAMIAN.

Cierto.

CORONEL.

Por mucho que adore

uno á su cara mitad,

cuando está más descuidado

la tiene que abandonar.

Y la ausencia, amigo mio,

es una calamidad;

si presentes nos engañan,

ausentes ¿qué no será?

Y si, previsor marido,

la quieres siempre llevar
 adonde á tí te destina
 el capitán general,
 es un alabar á Dios
 lo que tienes que gastar
 exponiendo á tu costilla,
 y á la prole si la hay,
 á seguir la guarnición
 como el bagaje local;
 un día en ferro-carril,
 otro día en alta mar,
 sufriendo calor mañana
 y más tarde un temporal.
 Ya que se le pega el sol
 en la alabastrina faz,
 ya que asoma la reuma
 producto de la humedad,
 ya que el vapor le marea
 dándole un tinte de agraz,
 ó ya que á viajar la obligue
 la dura necesidad
 en una mula de paso
 con su paraguas ¡tras, tras!,
 lo que mirado á través
 de un vestido de percal
 escurrido, y de una cofia
 de ama de llaves, hará
 que te parezca un demonio
 la mujer más celestial.

DAMIAN. Muy exacta es la pintura.

CORONEL. Yo lo he podido observar
 en otros...

DAMIAN. Vamos al baile. (*Van á salir.*)

Tu hermana. Señora... (*Saludándola.*)

MATILDE. Ah! (*Al coronel.*)

Tengo que hablarte, Ricardo.

CORONEL. Pues ya me puedes mandar.
 (*Damián saluda y sale.*)

ESCENA III.

MATILDE.—CORONEL.

MATILDE. (*Yendo á sentarse en el sofá, á la izquierda.*)

¿Conoces, hermano mio,
á Adela de Monreal?

CORONEL. ¿Cuál? ¿la esposa del baron
de San Genaro? En verdad
que gasta un lujo...

MATILDE. La misma.

CORONEL. Hace poco la ví entrar
con el baron.

MATILDE. Ya lo sé.

¿tú la conoces?

CORONEL. No tal.

Es decir, de verla sólo
esta noche... y nada más.

Pero ¿quieres que me entere?...

MATILDE. No hace falta.

CORONEL. Sin tardar...

MATILDE. No.

CORONEL. Como quieras.

MATILDE. Yo creo

que será casualidad,
pero es muy raro... (*Levantándose.*)

CORONEL. No entiendo.

MATILDE. Ha estado tan pertinaz
con sus miradas...

CORONEL. ¿A quién

miraba?

MATILDE. A Jorge.

CORONEL. Será

aprension tuya. Los celos
abultan la realidad.

MATILDE. Del cariño de mi esposo

nunca me atreví á dudar,

ni he sentido de los celos

el mal encubierto afan.

Mas te confieso que ahora

sin saber cómo, me está

atormentando esta idea.

Esa mujer singular

con su insolente hermosura
roba mi tranquilidad.

CORONEL.

No hagas caso...

MATILDE.

¡Su mirada
inmóvil, fija, tenaz,
siempre clavada en mi esposo,
buscándole sin cesar,
me espanta!

CORONEL.

¿Y eso, qué importa?

MATILDE.

Oh!

CORONEL.

Que le mira y en paz.

MATILDE.

Hay miradas tan ardientes
que al alma derechas van,
como si un secreto al alma
le quisieran revelar.
Y esos misterios que ocultos
en lo hondo del pecho están,
el rayo de la mirada
los publica sin cesar.

CORONEL.

Das demasiada importancia
á una cosa tan trivial.
Y á propósito: tu boda,
que se llegó á efectuar
estando de guarnicion
yo en Africa, dime, ¿es tal
como me escribiste?

MATILDE.

Sí.

CORONEL.

¡Pues envidio vuestro afán!
¡Felices esposos!

MATILDE.

¡Oh!
muy felices! Es verdad.

CORONEL.

¿Tanto le quieres?

MATILDE.

¡Oh, tanto
como se puede soñar!
Dos corazones que latén
siempre con ternura igual,
dos suspiros que se encuentran,
dos almas que al cielo van,
dos flores que crecen juntas
no pueden quererse más.

CORONEL.

No sabes lo que yo gozo
con vuestra felicidad.
Y Jorge tiene un carácter
tan noble, tan franco y tan...

¿Mas dónde le conociste?
como nunca te oí hablar
de él...

MATILDE.

Estaba yo en Sevilla
con el tío un año hará,
cuando una tarde de mayo
salimos á pasear
el tío, la prima y yo
á caballo; y era tal
la hermosura de la tarde,
que en sus campos de azahar
nos sorprendió de la noche
la primera oscuridad.
Volviamos á galope
y mi soberbio alazan
viendo delante á Sevilla
se dejaba el viento atrás.
La crin tendida en el aire
y con paso desigual,
aquí arrancaba la yerba,
la espuma arrojaba allá.
La cola gallardamente
columpiándose á compás,
parecía rama de árbol
que arrebatara el huracan.
De pronto con fiero empuje
y á toda velocidad,
por los campos de Sevilla
se desboca mi alazan.
Voces, gritos, todo junto
sentí á un tiempo resonar,
y yo allí helada de espanto,
y él corriendo más y más.
Zanjas y peñas saltaba,
y el río se via allá,
y en él con veloz carrera
nos íbamos á estrellar...
En aquel supremo instante
de angustia horrible y mortal
sólo un ¡Dios mio! mis labios
consiguieron pronunciar.
Cuando ya de la corriente
nos retrataba el cristal,
una mano vigorosa

asíó la brida, y parar
 consiguió el ímpetu fiero
 del desbocado animal,
 que en tierra cayó conmigo
 muerta de angustia y de afán.

CORONEL. ¿Quién era tu salvador?
 MATILDE. ¿No lo adivinaste ya?
 Era Jorge que en sus brazos
 me pudo al cabo salvar.
 A las puertas de mi alma
 llamó con la caridad,
 respondió mi gratitud;
 y desde entónces están
 enlazadas nuestras vidas
 con cariño sin igual:
 los que junta una desgracia
 no se separan jamás.

ESCENA IV.

DICHOS.—SAN GENARO.—JORGE.

S. GENARO. Ya que ántes estaba usted (*A Matilde.*)
 comprometida, ahora espero
 que bailará usted conmigo
 un vals.

MATILDE. ¿Un vals? Si no puedo,
 porque estoy comprometida
 toda la noche.

S. GENARO. Indiscreto,
 sería si preguntase...

MATILDE. ¿Con quién? No es ningún misterio;
 bailo siempre con...

JORGE. (*Desde el fondo.*) Matilde,
 la orquesta nos llama.

S. GENARO. (*¡Cielos!*)

JORGE. Ven á bailar... (*Vanse Jorge y Matilde.*)

S. GENARO. (*¡Con su esposa!*)

¿pero señor en qué tiempos
 vivimos?

CORONEL. Ya lo ve usted.

S. GENARO. Es claro que lo estoy viendo.

CORONEL. Están como dos pichones
 los esposos.

S. GENARO. ¿Sí?
 CORONEL. Muy tiernos.
 S. GENARO. Ya comprendo.
 CORONEL. Por si acaso.
 S. GENARO. Pero es de mal tono.
 CORONEL. Bueno.
 Mas puede ser de buen gusto...
 S. GENARO. ¿De buen gusto?
 CORONEL. Para ellos.
 Ambos se entienden y bailan
 juntitos.
 S. GENARO. Muy buen provecho.
 CORONEL. Pero usted tambien se entiende
 y baila solo... Hasta luego.

ESCENA V.

SAN GENARO.

¿Qué habrá querido decir
 el hermano? Bah! No debo
 sospechar... No me conoce
 él ni nadie, y libre puedo
 entregarme á mis placeres
 favoritos. Un portento
 de hermosura es la marquesa.
 Y es su aire tan modesto...
 ¿Será verdad el cariño
 que se tienen? Psi! Veremos,

ESCENA VI.

SAN GENARO.—DAMIAN.—EL DUQUE DE...—EL CONDE DE....

DUQUE. El premio de la carrera
 estuvo bien dado.
 CONDE. Niego.
 Tú me sacaste ventaja
 que á no haber sido por eso.
 DUQUE. Pero hombre, si mi caballo
 es un torbellino fiero,
 y vuela.
 CONDE. Mi yegua inglesa
 se bebe siempre los vientos.

- DUQUE. ¿Damian, no tengo razon?
- DAMIAN. Si, pero no disputemos por tan poco.
- DUQUE. Si es el conde que se aferra...
- DAMIAN. ¡Bah! ¡silencio!
Aquí teneis al baron de San Genaro.
- CONDE. Me alegro.
- DAMIAN. ¿á que piensa como yo?
Tengo el honor, caballero, de presentarle á mi amigo el duque del Arbolseco, y al conde de Almoradix.
- DUQUE. }
CONDE. } Caballero. (*Saludando al baron*)
- S. GENARO. ¡Caballeros!
- CONDE. ¿Ha estado usted esta tarde en las carreras, no es cierto?
- S. GENARO. Sin duda, y he visto á ustedes. El duque se llevó el premio.
- DUQUE. Y con justicia, verdad?
- S. GENARO. Al ménos así lo creo.
- DUQUE. ¿Lo ves, conde? Eres un torpe.
- CONDE. De mi opinion no me apeo.
- DUQUE. ¡Qué terco! ¿No se figura que su yegua *Kin* es viento que á todos vence?
- CONDE. Mi yegua. es el animal más bello...
- DUQUE. Exageras como buen (*Se sienta al lado de San Genaro.*) andaluz. Yo soy muy diestro y muy instruido en caballos. Soy abonado perpétuo al Circo de Price, allí tengo mi palco, y frecuento la amistad de los artistas; con los hombres fumo y bebo, con las *ecuyers* me rozo; y por lo demás, yo tengo el mejor tronco... ¿usté ha visto mi tronco?
- S. GENARO. No (ni su leño).

DUQUE. Pues tengo dos yeguas rojas
de *pur sang* que meten micdo.
En la Fuente Castellana
siempre la atencion me llevo.

S. GENARO. ¿Usted ó las yeguas?

DUQUE. Hombre,
no habia yo caido en eso.

DAMIAN. Mas tambien es fuerte cosa,
que no hay quien por un momento
os haga pensar en otros
quehaceres ó pasatiempos.

DUQUE. ¿De qué quieres que se ocupen,
Damian, los hombres de nuestro
rango?

S. GENARO. Dice bien el duque.

CONDE. A mí me roban el sueño
sólo dos cosas: caballos
y toros: lo demás, cero.
Yo nací en Sevilla, allí
desde chiquito me hicieron
torear, y me da el naipe
para los vichos.

S. GENARO. Lo creo.

CONDE. Soy noble, soy rico, viajo
si me da la gana, vengo
de Paris, voy á Sevilla,
el verano á Italia, y luego
á Madrid: tengo mis rentas
y sacio así mis deseos.

DUQUE. Lo mismo me pasa á mí.
Por las mañanas paseo,
por la noche á los caballos,
y á última hora, pues, juego
en el Casino.

S. GENARO. Señores,
en todo nos parecemos.

DUQUE. Somos de la misma estofa.

DAMIAN. (Esto es, del mismo madero.)

ESCENA VII.

DICHOS.—MOSQUERA y un mozo con una bandeja en que lleva vasos de ponche.

MOSQUERA. Muchacho, acércate aquí y sirve á estos caballeros.

S. GENARO. Un vaso de ponche.
DUQUE. ¡Ajá!

Si no es fuerte no lo quiero.

CONDE. Como decíamos, yo que vivo del todo ajeno á las mil preocupaciones que en la sociedad observo, no me cuido de otra cosa que de divertirme.

S. GENARO. Apruebo su conducta. Con más ron estaria el ponche bueno.

MOSQUERA. La garganta de esta gente debe estar forrada en hierro.

DUQUE. ¿Quién es el baron? (*Bajo á Damian.*)

DAMIAN. No sé, (*Id. al duque.*)

mas gasta mucho dinero.

DUQUE. Entónces no hablemos más.

El baron es de los nuestros.

DAMIAN. ¿Y qué me dicen ustedes

del soberano portento

de virtud y de hermosura

cuyo palacio soberbio

hoy se abre al mundo?

S. GENARO. ¿Habla usted de la marquesa?

DAMIAN. Sí.

DUQUE. ¿Pero,

es verdad lo que se dice

de su virtud?

CONDE. No lo creo.

DUQUE. Todo el mundo se hace lenguas

hoy, del entrañable afecto

de ambos esposos.

S. GENARO. Señores,

cada cual segun su ingenio

ó su experiencia calcula lo que habrá de verdadero en esas virtudes nuevas. Yo por mi parte no creo en el amor de ninguna mujer á su esposo.

DAMIAN. Ciego debe estar quien no haya visto excepciones...

CONDE. Yo confieso que ignoro lo que es virtud; siempre tras ella corriendo... áun no he podido alcanzarla.

DAMIAN. La marquesa es un modelo, y yo sé que su cariño no vacila.

S. GENARO. Yo prometo que hemos de ver lo contrario sin que pase mucho tiempo.

DAMIAN. ¿Usted cree...?

CONDE. Sí, hombre, sí. Todos son lo mismo. Siervos son todos ellos de Dios, y ellas... ya lo sabes.

DAMIAN. Pero... entendámonos...

S. GENARO. Nosotros, que somos los verdaderos representantes aquí de la sangre y del dinero, los Tenorios de la villa, los *leones* del paseo, los que metemos más ruido en la sociedad, y hacemos mil tonterías diarias sólo por matar el tiempo; nosotros que nos reimos de la virtud y el talento, ¿vamos á creer ahora en dos esposos modelos que las puertas del gran mundo pisan de ternura llenos? No: combatamos su engaño y pongamos sin esfuerzo

una sombra aunque ligera
en su cariñoso afecto.

DUQUE. Guerra, guerra; eso me gusta.

CONDE. Ya se entusiasma mi pecho.

S. GENARO. Cada cual por sí trabaje.

DAMIAN. Guerra inútil.

S. GENARO. Lo veremos.

DUQUE. Al salon.

CONDE. Allí está ella.

DAMIAN. Viene usted?

S. GENARO. No, yo me quedo.

ESCENA VIII.

SAN GENARO.—Luego el CORONEL.

S. GENARO. (De mi amorosa inquietud
la fuerza, marquesa, es mucha;
hoy va á entablarse la lucha
de mi amor con tu virtud.)

CORONEL. (Malhaya la comision
que me encarga mi cuñado
como ministro enviado
cerca del señor baron.
Mas felizmente aquí está.
Señor baron!

S. GENARO. Coronel!

CORONEL. (Empieza ya mi papel.)
Usted me dispensará, (*Se sientan en el sofá.*)
pero tenemos los dos
que hablar de un asunto...

S. GENARO. Bien.

CORONEL. (¿ Bien ? mal digo yo.) Hay quien
dice que usted... (¡ vive Dios
que mi elocuencia vacila !)
Ya debe usted comprender...
se trata de una mujer.

S. GENARO. Bien.

CORONEL. ¿ Bien ? (Silencio en la fila.)
Quisiera explicarme yo
de modo que usted al punto
se enterara del asunto...

¿ No me comprende usted ?

S. GENARO. No.

- CORONEL. No, no. Y es muy natural, nada he dicho todavía : mire usted, aquí me envía mi cuñado...
- S. GENARO. Bien.
- CORONEL. No, mal. Se murmura en el salon, que Adela y usted no están casados.
- S. GENARO. ¡ Hombre !
- CORONEL. Y lo dan por seguro.
- S. GENARO. Y con razon.
- CORONEL. Pues una vez que es así, hablémonos francamente : (*Se levanta.*) Usted sin inconveniente alguno la trajo aquí.
- S. GENARO. Yo soy muy despreocupado.
- CORONEL. Usted será lo que quiera, y yo en esto no quisiera mezclarme, mas mi cuñado... En una palabra, yo cumplo con decirle ahora que advierta usted á esa señora, con buenos modos, que no vuelva aquí más. ¿ Está usted ?
- S. GENARO. Sí.
- CORONEL. ¿ Sí ?.. Usted es otra cosa... ¡ Un hombre ! (¡ Qué embarazosa comision !) Con que...
- S. GENARO. Ya sé.
- CORONEL. (Al cabo con mil sudores salvé sin riesgo el abismo ; no les sucede lo mismo á ciertos embajadores.)

ESCENA IX.

SAN GENARO.—MOSQUERA.

- S. GENARO. ¿ Otro desaire ? ¡ Qué importa !
¡ Ah, marquesa, nos veremos !
Al fin nos encontraremos
á la larga ó á la corta.

- MOSQUERA. Me gusta este movimiento
y este trágico, si señor...
¡y que no entiendo estas cosas
de baile y jaranas yo!
- S. GENARO. Un criado. Si pudiera
indagar... oye...
- MOSQUERA. Señor,
¿es á mí?
- S. GENARO. Sí.—¿Eres gallego?
- MOSQUERA. Y natural del Ferrol.
Vine á Madrid de chiquito
y me vistieron de grom
en la casa de mi amo
el marqués. Estaba yo
mas guapo con un chaleco
encarnado, y un calzon
blanco y ceñido, luciendo
las piernas que Dios me dió...
con las botas hasta aquí,
y un sombrero de señor...
parecía un general
de esos que salen el dos
de mayo á la calle...
- S. GENARO. ¿Sí?
- ¿Con que has estado hasta hoy
al servicio del marqués?
- MOSQUERA. Exceptuando un mes ó dos.
Y tiene tal confianza
en mí... (¿Qué miro? ¿No son
visiones... Ese semblante...
(*Reparando mucho en la cara del baron.*)
así me perdona Dios
como yo he visto esa cara
en otra parte?)
- S. GENARO. ¿Y de grom
ascendistes?...
- MOSQUERA. A criado.
Y ya mayordomo soy.
En teniendo uno talento
y un poco de aplicacion...
- S. GENARO. Y despues que se ha casado
el marqués ¿te va mejor?
- MOSQUERA. Así, así.. Ahora el ama
roba toda su atencion.

- S. GENARO. ¿Y se quieren todavía?
 MOSQUERA. Lo que es eso, si señor.
 El día lo pasan juntos,
 ¡y la noche!...
- S. GENARO. ¿Tú?... (*Con intencion.*)
 MOSQUERA. Yo no
 veo nada de esas cosas.
 (¡Vaya un hombre socarrón!
 pero esa cara...)
- S. GENARO. Si un día
 se presenta la ocasión
 de que busques otro amo...
 Yo...
- MOSQUERA. Muchas gracias.
 S. GENARO. Te doy
 palabra... porque me agradas...
 Acércate sin temor,
 y hablemos un rato.
- MOSQUERA. (*Quiere
 hacerme hablar, pero no.*)
 S. GENARO. ¿Te gusta el penche?
 MOSQUERA. No bebo
 nada que tenga licor.
- S. GENARO. ¿Por qué?
 MOSQUERA. Porque la bebida
 ya muy cara me costó.
 Un día estando en Valencia
 con el señor marqués, por
 complacer á un amigacho
 con él entré en un meson,
 y allí copa tras de copa
 perdí el sentido y la voz.
 Puesto ya en aquel estado,
 no sé cómo sucedió
 que me enredé con mi amigo
 y le aticé un golpe atroz,
 pongo por caso, en la panza,
 que en un mes no se curó,
 y eso que fué con el puño,
 ¡pero mi puño es feroz!
 Me llevaron á la cárcel...
- S. GENARO. ¿A la cárcel? (*Se levanta.*)
 MOSQUERA. Sí, señor.
 S. GENARO. ¿En Valencia?

- MOSQUERA. Justamente
- S. GENARO. (¡Diablo!)
- MOSQUERA. Me tuvieron dos meses, gracias al marqués que en sacarme se empeñó.
- S. GENARO. (En la cárcel! No me ha visto... no me conoce... ¡Aprension!)
- MOSQUERA. De aquel entónces juré el no probar el licor, y lo que es un juramento mio, siempre se cumplió.
- S. GENARO. ¿Nunca lo quebrantarás?
- MOSQUERA. ¿Qué se piensa usted, señor, que mi palabra es acaso alguna constitucion?
- S. GENARO. (De este hombre no saco nada.)
- MOSQUERA. ¿Manda usted otra cosa?
- S. GENARO. No.
- MOSQUERA. Voy á ver si está allá dentro todo en órden. (Santo Dios, ¿dónde he visto yo esta cara? Non recuerdo. Mas ¡qué horror! ¿Si habrá estado en otro cuerpo como las almas que yo sé que pasan de uno á otro?... (¡Pues, la *travínagracion!*) (*Vase.*)

ESCENA X.

SAN GENARO. — ADELA.

- S. GENARO. No puedo de ese gallego fiarme como quisiera. Tras de ser agradecido, no tiene tampoco queja de sus amos...
- ADELA. Te buscaba.
- S. GENARO. ¿A mí?
- ADELA. Si.
- S. GENARO. Quizá sospechas que me han dado para ti cierto encargo...

- ADELA. ¡Buena es esa!
- S. GENARO. ¡Un encargo! ¿Y quién? El dueño
de esta suntuosa fiesta.
- ADELA. ¿El marqués?
- S. GENARO. Justo.
- ADELA. ¿Y qué es?
- S. GENARO. Parece que no te pesa.
Veremos si tan alegre
te pones cuando lo sepas.
- ADELA. Explicate.
- S. GENARO. De su parte,
me han dicho que cuando quiera
visitarles, soy muy dueño,
pero solo.
- ADELA. ¿Qué?
- S. GENARO. ¿Te alegra?
- ADELA. ¡Tal desaire á mí!
- ADELA. Ya ves,
no hay más que tener paciencia,
porque está la sociedad
de preocupaciones llena;
y como no soy tu esposo...
y saben que eres soltera...
y como es tan delicada
esa señora marquesa...
pues, el que es despreocupado
y hace de esas gentes bafa,
vive como le da gana,
mas sufre las consecuencias.
Y tú respondiste...
- ADELA. Nada.
- S. GENARO. ¿Qué querias que dijera
á un ex-abrupto tan...?
- ADELA. ¡Pues!
- S. GENARO. Quizá te alegraste... ¡Adela!
- ADELA. Así podrás á tus anchas
visitar á la marquesa.
- S. GENARO. ¿Celos?
- ADELA. No. Celos suponen
amor...
- S. GENARO. Gracias.
- ADELA. Con franqueza. (*Ligera pausa.*)

S. GENARO. El lazo que nos ha unido
es tan frágil...

ADELA. Roto queda.

S. GENARO. ¿Enemigos?

ADELA. Al contrario.

Si tus planes me interesan...
Puedo servirte de mucho.

S. GENARO. ¿Tú... cómo?

ADELA. De esta manera.

Ayúdame tú á vengarme,
y yo te ayudo en la empresa
de triunfar de esa orgullosa,
que me humilla y me desprecia.

S. GENARO. ¡Adela!

ADELA. ¡Sí! Ya me canso

de escuchar por donde quiera
elogios á una virtud
que el mundo no ha puesto á prueba.

Para ellas desde el nacer
ancha y florida es la senda
de la vida... Para otras
es un sendero de penas.

¡Pues bien! Si son tan honradas,
que luchen y que se vengan.

¿Aceptas el pacto?

S. GENARO. Bah!!

ADELA. Habla.

S. GENARO. El enojo te ciega.

ADELA. Te advierto que por tí solo

no alcanzas lo que deseas,
y yo quiero que el escándalo
vengo detrás de la afrenta.

S. GENARO. ¿Tú me prometes?

ADELA. Sí, pero

te exijo que me obedezcas.

S. GENARO. ¿De qué modo?

ADELA. Desde hoy

dejarás de verme.

S. GENARO. Sea.

ADELA. Yo pasaré por tu víctima,

y en tanto, tú sin reserva
estrecharás la amistad
con el marqués...

S. GENARO. Esa idea...

- ADELA. No te comprendo...
 ¡Es tan fácil,
 que olvidando á la marquesa
 caiga el marqués á mis plantas!...
 S. GENARO. ¡Ah! ¡Con qué infernal destreza
 vas preparando el asunto!
 ADELA. Es muy buena consejera
 la venganza. Pero cuida
 de que este plan no se vea.
 El marqués dando el ejemplo...
 y luego celosa ella...
 y nosotros atizando
 el fuego de sus sospechas...
 ¡Oh, sí, al borde del abismo,
 yo empujaré á la marquesa!
 ¡Lo que no inventa el amor
 el despecho es quien lo inventa!
 S. GENARO. ¡Te conozco en ese rasgo!
 ADELA. Desde ahora la lucha empieza.
 S. GENARO. ¡Que vienen!...
 ADELA. ¡Silencio!

ESCENA XI.

DICHOS. — DUQUE. — CONDE. — DAMIAN. — JORGE, que se queda observando en el fondo.

- DUQUE. Aquí.
 podemos jugar. (*Se sienta á jugar á la derecha.*)
 CONDE. ¿Es cierta
 la nueva de que el baron
 no es el esposo de Adela?
 DAMIAN. Así parece.
 DUQUE. ¡Y qué importa!
 CONDE. Viva como le parezca
 cada cual.
 ADELA. ¡Señores míos! (*Saludando á los tres.*)
 DUQUE. ¿Se va usted ya? (*Ninguno de los tres se levanta.*)
 ADELA. Sí.
 CONDE. (*Bajo á los otros.*) (*La echan.*)
 DAMIAN. ¿Cómo tan pronto?...
 DUQUE. Es extraño...
 ADELA. Me encuentro un poco indispueta.
 CONDE. Yo siento que usted nos prive...

- DUQUE. (¿Y cómo el baron la deja
marchar sola?..) (*Aparte á los tres.*)
- ADELA. Buenas noches.
(*La saludan sin moverse de la mesa.*)
- JORGE. ¡Ni por atencion siquiera (*Aparte desde el fondo.*)
la ofrecen el brazo!
- ADELA. ¡Cielos!
¡qué humillacion! ¡qué vergüenza!
(*Va á salir y el marqués la detiene.*)
- JORGE. ¿Me permite usted, señora,
que hasta su coche le ofrezca
el brazo?

ESCENA XII.

DICHOS.—MATILDE.

- ADELA. ¡Oh! muchas gracias!
(*Cojiéndose del brazo de Jorge.*)
(*Van á salir, al tiempo que sale Matilde y se
sorprende al verlos, Mosquera y un criado se
dirigen á la mesa en que juegan. El baron de
San Genaro observa á Matilde y á Jorge.*)
- MATILDE. ¡Qué veo, el marqués con ella!
- MOSQUERA. Sirve ponche á esos señores.
- S. GENARO. ¡Bravo! la batalla empieza! (*Sentándose en el sofá.*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

Sala elegante en casa del marqués.—Puertas laterales y al fondo.—A la izquierda del actor velador, butacas, chimenea.—A la derecha en primer término sofá, en segundo una mesa, cómodas, espejos, sillería y demás muebles de lujo.— Es de noche: luces sobre la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

MOSQUERA.

Pues señor, veré si arde
la chimenea. Está bien.
Como estos criados son
tan descuidados... A fe
que cuando yo era sirviente,
daba contento de ver
cómo estaba todo en orden...
¡qué tiempos aquellos!... Qué!...
Hoy día se sirve mal.

ESCENA II.

MOSQUERA.—JUAN, con un periódico.

MOSQUERA. ¿Qué traes ahí?

JUAN.

El papel.

MOSQUERA. ¿De escribir?

JUAN.

¡Quiá! No, el diario...

MOSQUERA. El periódico: habla bien. (*Reprendiéndole.*)

JUAN. (Qué orgullosos!)

MOSQUERA. Dame acá.

(*Quitándole el periódico.*)

JUAN. Tengo que hablar con usted.

MOSQUERA. Pues ya te escucho, lacayo.

(*Sentándose en una butaca.*)

Escomienza.

JUAN. Ya hace un mes

que sirvo como Dios manda

en esta casa.

MOSQUERA. Lo sé.

El mismo tiempo que yo

por mandato del marqués

á mayordomo ascendí:

¿me entiendes?

JUAN. Yo soy muy fiel

y reservado.

MOSQUERA. Eso es bueno.

JUAN. Pero ya me canso de

la vida que aquí se hace.

MOSQUERA. ¿No te dan bien de comer?

JUAN. Eso sí.

MOSQUERA. ¿Y cobras tu sueldo

duro sobre duro al mes?

JUAN. Es claro.

MOSQUERA. ¿No estás vestido

desde la cabeza al pié

con decoro?

JUAN. No lo niego.

MOSQUERA. Pues entónces, Lucifer,

¿cómo te cansa esta vida

cuando estás hecho un marqués?

JUAN. Aquí no hay gajes.

MOSQUERA. ¿Qué dices?

JUAN. Como no hay ningun belen

en esta casa...

MOSQUERA. ¡Muchacho!

JUAN. No hay propinillas ni... ¡pues!...

y el sueldo limpio es muy poco.

MOSQUERA. Vaya una desfachatez.

JUAN. Oh, yo marchó con el siglo,

y voy tras de mi interés...

MOSQUERA. Tú.

JUAN. Me gusta el libre cambio.

MOSQUERA. Lo primero es el deber.

JUAN. No, el cobrar.

MOSQUERA. Estos criados del dia, son de la piel...

JUAN. Cada uno va á su negocio.

Yo le serví á un brigadier

de marina y me ganaba

un dineral cada mes

por llevar á un diputado

las cartas de su mujer.

Yo obedecia á los amos;

no, no me lo niegue usted,

y hacia además mi agosto;

pero lo llegó á saber

el brigadier cierto dia,

y me perdí el momio aquel,

á más de chuparme aquí,

salvo error, un puntapié.

Más tarde serví á un ministro

con dos hijas... daba *tés*,

y habia mil pretendientes

de amor y empleo... Así fué

que hice en tres meses mi acopio,

y me echaron por hacer

el oso á una doncellita

que me dijo: «envide usted.»

MOSQUERA. ¿Sabes qué eres una alhaja?

Mas te prevengo esta vez

que si te cojo en renuncio

en esta casa, has de ver

qué gran propina te mamas

por detrás con un cordel...

¿me entiendes?

JUAN. Yo...

MOSQUERA. (*Se levanta.*) Eres indigno

por lo que llego á entender

de llevar puesto ese traje

que yo en otro tiempo honré.

Mas voy á darte un consejo.

Tú eres jóven; sirve bien

á los amos; no te metas

nunca en llevar ni traer,

mira que lo mal ganado

suele salir al revés.
 Tú tienes mala madera
 para el trabajo y para el...
 pero has de andarme derecho
 mientras que conmigo estás.
 Si así lo haces, Dios te premie;
 si no, yo te pagaré.

JUAN. No lo echaré en saco roto.

MOSQUERA. ¿Ves este puñco?

JUAN. Sí.

MOSQUERA. Pues

el día que te resbales
 te rompo el alma con él:
 ¿me entiendes?

JUAN. (Sermon inútil.)

MOSQUERA. He dicho: pásalo bien.

ESCENA III.

MOSQUERA, vuelve á sentarse y coge el periódico.

Está perdido el servicio
 en la corte. Vea usted
 ese arrapiezo que piensa
 en intrigas, gajes, y en...
 A propósito: aquí leo
 un lance que viene á ser
 la verdad de lo que digo:
 (*Leyendo en el periódico.*)
 «En la calle del Clavel,
 á un comerciante de pieles
 robó su criada Inés
 todo cuanto en casa habia;
 pero le dejó la piel.»
 Es decir, le dejó en cueros
 la criada... mas ¿quién es?

ESCENA IV.

MOSQUERA.—MATILDE.

MOSQUERA. Ah, la señora marquesa.

MATILDE. Mosquera, ¿ha venido?

- MOSQUERA. ¿Quién?
- MATILDE. El marqués.
- MOSQUERA. Aún no, señora.
- MATILDE. Ni sabes...
- MOSQUERA. ¿Qué he de saber si desde ayer no le he visto?
- MATILDE. ¡Desde ayer!
- MOSQUERA. ¡Y extraño es, á fe mía! ¿Dónde pasa tantas horas? No lo sé.
- MATILDE. Quiero estar sola.
- MOSQUERA. Me voy.
(Se me parte el alma al ver la mudanza de esta casa. Ella está muy triste, y él... Aquí se acerca el baron... Esta cara...) Pase usted. (*Vase*).

ESCENA V.

MATILDE.—SAN GENARO.

- S. GENARO. ¡Señora! (Pálida está.)
- MATILDE. Siéntese usted.
- S. GENARO. Muchas gracias. (*Sentándose.*)
¿Y el marqués?
- MATILDE. No está.
- S. GENARO. ¿Ha salido?
- MATILDE. Sí.
- S. GENARO. Creo que esta mañana le ví con usted.
- MATILDE. ¿Conmigo?
- S. GENARO. Entónces me retiraba yo del Casino, y ustedes sin duda de alguna grata reunion... quizá de un baile.
- MATILDE. Si no entiendo una palabra...
¿Usted me vió á mí?
- S. GENARO. Señora, aún cuando no ví su cara, presumí que con usted su esposo se retiraba.
- MATILDE. ¡Del brazo!

- S. GENARO. Sí. Y parecían tratarse con confianza.
¿Pero he dicho una imprudencia?
- MATILDE. No, señor.
- S. GENARO. (Prendió la llama.)
- MATILDE. ¿Y no sabe usted más?
- S. GENARO. No.
Pero usted que está enterada, podrá decirme...
- MATILDE. Muchísimo. (*Se levantan.*)
¿Más si usted se equivocara y la que al salir del baile el marqués acompañaba fuera otra y no su esposa?...
S. GENARO. Supongo que es una chanza...
MATILDE. Suponga usted lo que guste, más respóndame sin falta.
- S. GENARO. De no ser usted... varía la cuestión... ¡Fuera una infamia engañar á una inocente esposa que confiada!...
- MATILDE. ¿No es verdad?
- S. GENARO. Cualquier castigo merece traición tamaña.
- MATILDE. ¿No es verdad?
- S. GENARO. Aquel que deja muerta de dolor en casa á quien más que otra cualquiera vale en belleza y en alma...
- MATILDE. ¿No es verdad?
- S. GENARO. Y el que así afrenta á la que su honra guarda...
- MATILDE. ¡No merece amor, ni fe, ni!...
- S. GENARO. Mucho usted se entusiasma.
- MATILDE. Era una suposición nada más, y me dejaba llevar del calor que usted sabe dar á sus palabras.
- S. GENARO. (Ya la fiebre de los celos la está devorando el alma.)
- MATILDE. ¿Baron? ¿qué hará usted por mí?
(*Con resolución.*)
- S. GENARO. Señora, si usted me manda

perder la vida...

MATILDE. No tanto.

S. GENARO. Lo que usted quiera.

MATILDE. ¡Las lágrimas
me estan ahogando!

S. GENARO. ¡Matilde!

MATILDE. Pero no tema usted nada,
no asomarán á mis ojos
porque la irá las espanta.
Quiero saber quien es esa
mujer á quien Jorge ama.

S. GENARO. ¿Que ama Jorge á otra mujer
dice usted?

MATILDE. ¿Eso le extraña?

S. GENARO. Luego es verdad?...

MATILDE. ¡Que me muerol

S. GENARO. Y que él en pago...

MATILDE. ¡Me engaña!

S. GENARO. Pues y aquel amor tan puro....

MATILDE. Mentira todo.

S. GENARO. ¡Me pasmat!...

MATILDE. ¿Y usted que es su íntimo amigo
de todo ignorante estaba?

S. GENARO. Si por ventura de mi
su esposo se aconsejará,
¿le permitiría yo
cosa á su dicha contraria?

MATILDE. ¡Qué corazon tan leal!
Tengo en usted confianza,
y si me promete hacer...

S. GENARO. Todo.

MATILDE. Déme usted su palabra.

S. GENARO. La empeño.

MATILDE. Pues bien, deseo
que usted hoy mismo sin falta
averigüe quien es esa
rival.

S. GENARO. Aquí sin tardanza
volveré con lo que sepa.
(Pobrecilla, que te clavás.) (Vase.)

ESCENA VI.

MATILDE.—CORONEL.—MOSQUERA, saliendo por la puerta izquierda.

CORONEL. Mosquera, no te descuides en preparar mi equipaje; déjame fuera aquel traje para el camino, y no olvides que tienes que ir á tomar el billete.

MOSQUERA. Voy ahora.

Aún está aquí la señora. (*Vase por el fondo.*)

CORONEL. Matilde, voy á dejar vuestra alegre compañía.

MATILDE. ¿Te marchas?

CORONEL. Y con urgencia; ya ha cumplido la licencia; mañana emprendo la via. Puedo marcharme contento, pues que dejo dos esposos que se aman y son dichosos.

MATILDE. ¡Ay!

CORONEL. ¡Voto á mi regimiento! ahora que lo miro bien tu semblante se ha turbado... no me engaño... ¡Tú has llorado! ¿Matilde, responde, quién es causa de tu dolor?

¿De qué nace esa amargura?

MATILDE. ¡Amor era mi ventura y mi desdicha es amor!

CORONEL. Por Dios, no me ocultes nada.

MATILDE. Día de penas es hoy: sabe, pues, sabe que estoy celosa y desesperada.

CORONEL. ¿Jorge causa tu afliccion?

MATILDE. El, matando mi alegría, se aleja mas cada dia de mi pobre corazon. Y redobla mi inquietud, pues que en vano le esperé.

CORONEL. ¡Voto á cien truenos! yo haré

que respete tu virtud,
Yo que estaba tan ufano
creyéndote muy dichosa...
Oh! yo le veré... Esta es cosa
que sabrá arreglar tu hermano.
Suspendo ya mi viaje
para otro día.

MATILDE. No tal,
(¿Por qué le he dicho...? ¡Fatal
imprudencia!)

CORONEL. De este ultraje
me dará cuentas á mí
como es justo, y arda Troya;
yo no vivo sin tramoya
ni lances. Me quedo aquí.

MATILDE. (¿Cómo evitar?...) Yo quisiera
que tú no tomaras parte
en este asunto.

CORONEL. Agradarte
creía.

MATILDE. A veces, ligera
sospecha nada mas...

CORONEL. Pues
á lo ménos, sin testigo
le hablaré como á un amigo,
suplicándole...

MATILDE. Eso es,
que yo me puedo engañar:
¡nos ciega tanto el amor!

CORONEL. Le pintaré tu dolor
y me tendrá que escuchar.

(*Entra Mosquera.*)

MOSQUERA. Como que se halla ahí enfrente
lá administracion, llegué
y este billete tomé
para mañana.

CORONEL. Corriente;
corre á la administracion
y devuelve ese billete.

MOSQUERA. Pues voy en un periquete. (*Se va.*)

CORONEL. Yo á mi nueva comision. (*Vase.*)

ESCENA VII.

MATILDE, sola.

Era mi dicha un tesoro
de dulce y tranquilo amor;
pero me engaña el traidor,...
y sin embargo, le adoro!
¿Mas de que sirve llorar?
vendrá algun dia el infame
y entónces quizás no le ame...
Tambien se aprende á olvidar.
Castigaré su traicion...
mi enojo verá el cruel...
¡ más, ay, que siempre tras él
se me escapa el corazon!

(*Cae en un sillón. Llora cubriéndose el rostro con las manos.*)

ESCENA VIII.

MATILDE — EL MARQUES.

La puerta del fondo se abre y aparece el MARQUES pálido y desencajado. Deja su abrigo, que traerá del brazo, y el sombrero sobre una silla y se adelanta.

MARQUES. (Ella! Mucho habrá llorado
mientras yo... ¿qué la diré?...
¡ Oh tengo vergüenza de!...)

(*El Marqués se adelanta. Ella le ve y se arroja precipitadamente en sus brazos lanzando un grito de alegría.*)

MATILDE. Ah! (*Momento de pausa*)

MARQUES. (¡ Infeliz!)

MATILDE. ¡ Cuánto has tardado!

Yo perpétua centinela
de una pena que tú ignoras,
por tí he pasado las horas
que faltas de casa, en vela.

MARQUES. ¡ Matilde!

MATILDE. ¿ No me amas ya?

MARQUES. ¿ Puedes dudar?

MATILDE. Pues entónce,

¿por qué tu pecho de bronce
sordo á mis quejas está?

¿Por qué con fieros rigores
arrancas de este alma pura
aquella casta ternura
de mis primeros amores?
Ayer, benditos de Dios,
nuestros sueños amorosos
hacian de dos esposos,
un alma para los dos.

MARQUES. Si, sí, mi memoria es fiel,
no olvida ventura tanta.

MATILDE. Mas tu mudanza me espanta.

MARQUES. Matilde!

MATILDE. ¡Qué tiempo aquel! (*Transición.*)

¡Ah! perdóname: queria
reñirte mucho ¿no sabes?

¡Oh, cerrado con cien llaves
mi corazon te tenia!

mas ya que verte consigo,
se disipan mis enojos:

¿no sé que tienen tus ojos
que tanto pueden conmigo!

¡Cuánto tiene que contarte,
querido Jorge, tu esposa!

Tambien he estado celosa.

MARQUES. ¿Tú?

MATILDE. ¡Vaya, y mucho!

MARQUES. ¿Enojarte

pude yo? ¿Posible fué?

MATILDE. ¿Por qué habrá seres ingrates?

¡Si vieras que malos ratos
esperándote pasé!

MARQUES. ¡Oh!

MATILDE. Para tratarme así,
con ese desden impio,
respóndeme, Jorge mio,
¿qué queja tienes de mí?
Siéntate: te quiero hablar
con franqueza.

MARQUES. ¡Quién te iguala!

(*Se sientan en el sofá.*)

MATILDE. Mira que yo soy muy mala
cuando me llego á enfadar.

- MARQUES. ¡Eres un ángel!
- MATILDE. Tú mano
en las mias... ¿Tiemblas, dí?
- MARQUES. No tiemblo no tal.
- MATILDE. Temi...
- MARQUES. Desecha ese temor vano.
- MATILDE. Mira, si yo te he ofendido,
confiésalo sin reparo.
- MARQUES. ¿Quién, tú?
- MATILDE. ¿Tengo el genio raro?
A veces por un descuido...
- MARQUES. Matilde, tanta bondad
cuando yo...
- MATILDE. ¿No acabas, pues?
- MARQUES. ¡Sí, tal, cuando tu amor es
mi mayor felicidad!
- MATILDE. Dulce y tierna compañera
que hasta el sueño te he guardado,
¿no he sido siempre á tu lado
yo, la misma que ántes era?
¿No esperaba tu venida
que daba aliento á mi amor
como espera el rui señor
la luz que al campo da vida?
En mí, sin querer, rebosa
casta ternura infinita;
alma que de amor palpita
es el alma de tu esposa.
Nunca con vanos antojos
de tu cariño dudé,
y no ignoras, Jorge, que
me estoy mirando en tus ojos.
Quisiera hacerte sentir
las penas que por ti lloro;
mas si digo que te adoro,
¿qué más te puedo decir?
¿Cómo te podré expresar
lo que esconde mi deseo,
si el día que no te veo,
Jorge, me siento enfermar?
Pues bien: para que tú así
me condenes al olvido,
en algo te habré ofendido:
¿qué quejas tienes de mí?

MARQUES. Ninguna: nadie es culpable
sino yo, Matilde mía.
(*Se levanta y pasa al otro lado.*)

MATILDE. ¿Te cansa mi compañía?

MARQUES. ¡Calla, soy un miserable!

MATILDE. ¡Ni aún tu talento ensayó
una disculpa siquiera!
¿En dónde la noche entera
has pasado?

MARQUES. Qué sé yo...

Mis amigos...

MATILDE. ¡Esto es llano!

¡Mis amigos!... Preferible
es la verdad más horrible
á pretexto tan liviano.

MARQUES. Te juro...

MATILDE. ¿Qué vas á hacer?

¡Juramento fementido!
primero que envilecido,
ingrato te quiero ver.

MARQUES. ¡Dios mío!

MATILDE. ¿Bajas la vista?...

MARQUES. Más tarde te explicaré...

MATILDE. No, más tarde no te oiré.

¿Dónde hay fuerza que resista
desengaño tan atroz?

¡Sufro mucho, mucho! Ya
resuelto mi plan está.

Sin gritos, sin una voz
que haga inclinar tu cabeza
ó el corazón te taladre,

bajo el techo de mi madre
iré á esconder mi tristeza.

MARQUES. ¿Matas así mi esperanza?

MATILDE. ¡El lo ha querido y se queja!

MARQUES. ¿Te vas?

MATILDE. ¡Mi madre es tan vieja!

Allí no habrá ya mudanza.

MARQUES. Matilde ¡oh! por favor

no me arrojes al abismo;
yo tengo horror de mi mismo,
yo me pierdo sin tu amor.

MATILDE. ¿Cómo he de darte consuelos
yo que por la vez primera

me abraso en la horrible hoguera
de mi dolor y mis celos?
Cuando un hora y otra hora
se espera el esposo amado,
mientras él está postrado
á los piés de otra que adora;
¿ no sabes tú con qué extraños
martirios la frente abrasan,
esas horas que no pasan,
esos dias que son años?
Eres mi esposa.

MARQUES.

MATILDE.

Tú has roto
nuestra union.

MATILDE.

Pero yo tengo
derechos, y te prevengo
que á tu furor pondré coto.
Será en vano.

MATILDE.

MARQUES.

No por cierto.

MATILDE.

Ya con mi madre me voy...

MARQUES.

Mira que á tus plantas hoy
vengo de rubor cubierto.

Justicia hará el porvenir
al amor que en mí atesoro.

¿ No ves que soy hombre y lloro?

¿ Qué más te puedo decir?

MATILDE.

¡ Ah!

MARQUES.

Si aún así no se ablanda

á mi súplica tu pecho,

de tu madre bajo el techo

llevaré yo mi demanda:

y de rodillas allí

la diré mi amarga pena...

la pobrecita es tan buena

que llorará al verme así.

MATILDE.

Jorge! Jorge! (*Cayendo en brazos del marqués.*)

MARQUES.

¡ Prenda mia!

MATILDE.

¿ Durarán siempre estos lazos?

MARQUES.

¡ Siempre! ¿ Cómo hacer pedazos

la union que Dios bendecia?

Quiero que tranquila estés...

Nada hay aquí que me importe...

nos iremos de la córte

mañana mismo.

MATILDE.

Eso es.

ESCENA IX.

DICHOS.—El BARON DE SAN GENARO.

- MARQUES. ¡Amigo baron!
- S. GENARO. ¡Señora!
- (Muy uniditos los veo.)
- MARQUES. Voy á leer el correo
y vuelvo al punto. Hasta ahora.
(Vase puerta izquierda.)
- S. GENARO. Puesto que Jorge se va,
voy á revelar á usted...
- MATILDE. Hágame usted la merced
de no recordarme ya...
- S. GENARO. ¿Eh?
- MATILDE. Nada quiero saber:
me adora Jorge... su boca
me lo jura, y estoy loca
de alegría y de placer.
¿No se alegra usted, baron,
de mi ventura infinita...?
- S. GENARO. Sí, pero usted no medita...
- MATILDE. Si hablo con el corazón...
- S. GENARO. Jorge adora á otra mujer...
Su nombre...
- MATILDE. Calle usted el nombre.
- S. GENARO. Pero, señora...
- MATILDE. ¡Pero, hombre,
si no lo quiero saber! (Vase puerta derecha.)

ESCENA X.

BARON, sólo.

¡Me he lucido, vive el cielo!
rota contemplo la trama
que ella misma... Esto se llama
llegar y besar el suelo.
¡Y estaba tan bien urdido
para esta noche mi plan!...
¿Qué ha pasado aquí? Ó están
locos, ó yo estoy vencido.
Desistiré? Qué bobada!

Lucharemos con valor;
 es una cuestion de honor
 contra el honor empeñada.
 Cuestion de tanto interés
 que no hay otra para mi...
 y es que á ella la adoro, si,
 tanto como odio al marqués.
 Empezó por la venganza,
 y creció en mi corazon
 esta violenta pasion,
 que es ya mi sola esperanza.

ESCENA XI.

SAN GENARO.—MARQUÉS, con carta.

- MARQUES. Tambien es casualidad,
 llegar tan á punto.
- S. GENARO. ¿Qué?
- MARQUES. De fijo la compraré.
- S. GENARO. ¿Alguna casa?
- MARQUES. Es verdad.
 Una casa recien hecha
 con huerta y jardin.
- S. GENARO. ¿Se vende?
- MARQUES. Y barata.
- S. GENARO. Se comprende...
- MARQUES. Y con esta misma fecha
 quiero... ¡ah! ¡qué pensamiento
 tan feliz me ocurre!
- S. GENARO. ¿Si?
- MARQUES. Voy allá; la compro, y
 me vuelvo alegre y contento
 para dársela á Matilde
 como regalo.
- S. GENARO. Es decir...
- MARQUES. Que iremos allá á vivir.
- S. GENARO. ¡Ya! No habrá nadie que tilde
 á usted de glacial esposo;
 y en esta prueba me fundo;
 la sorpresa vale un mundo,
 y el regalo es asombroso.
- MARQUES. ¿La sorpresa? Buena idea.
- S. GENARO. ¿La quinta está?

- MARQUES. En Aranjuez.
 S. GENARO. Pues es ganga.
 MARQUES. Si, pardiez.
 Sin que ella nada entrevea,
 esta tarde voy allá,
 y por la mañana ufano
 vendré á poner en su mano
 la escritura.
- S. GENARO. Bien está.
 Más si ella averigua algo
 da al traste con la sorpresa.
- MARQUES. Fingiré que es de otra empresa
 el asunto... y... pues, me valgo
 de cualquier pretexto...
- S. GENARO. Justo.
 MARQUES. Primero se enfadará,
 más despues se alegrará
 y con creces.
- S. GENARO. (A tu gusto.)
 MARQUES. Quanto ántes la he prometido
 marchar de Madrid...
- S. GENARO. ¿Los dos?
 MARQUES. Si, y más pronto...
 S. GENARO. ¡(¡Vive Dios!
 que está en sus trece el marido.)
 MARQUES. (Llamando á la puerta derecha.)
 «¡Matilde!» Voy á decirla
 que no me espere.

ESCENA XII.

DICHOS. — MATILDE.

- MATILDE. ¿Has llamado?
 MARQUES. Sí, mira, voy á salir;
 tengo que hacer un encargo...
- MATILDE. ¿De qué se trata?
 MARQUES. De un
 asunto muy reservado.
- MATILDE. ¿Y vendrás pronto?
 MARQUES. Quizá
 pase la noche en el campo.
- MATILDE. ¿Cómo... la noche?
 MARQUES. Sí, tengo

que ir á Aranjuez ; por lo tanto
mientras vuelvo... El baron sabe
que no es posible dejarlo
para otro dia.

MATILDE.

¿De veras?

S. GENARO. Es verdad. (*Ap. á Mat.*) Sabrá usted el caso
despues.

MATILDE.

Pues no te detengas,

Jorge.

MARQUES.

Mañana temprano
me tienes aquí de vuelta,
y te alegrarás...

MATILDE.

Es claro.

(*Va á sentarse á la derecha.*)

MARQUES.

¿Baron, quiere usted venir?

Aparte de aquel encargo,
bien podemos divertirnos...

S. GENARO.

Sin duda, pero me hallo
algo indispuesto ; prefiero
acompañar algun rato
á su esposa, y distraerla... (*Se sienta.*)

MARQUES.

Muy bien.

MATILDE.

(*Sin levantarse.*) ¿Aun no te has marchado?

MARQUES.

Al punto. (Los dos parecen...)

MATILDE.

(¡ Oh ! de impaciencia me abraso
por saber...)

MARQUES.

Hasta la vuelta.

MATILDE.

(*Con sequedad sin volver la cabeza.*)

¡ Adios !

MARQUES.

(*Aparte, al salir ; despues de mirar á Matilde.*)

¡ Qué gesto y qué cambio !

ESCENA XIII.

SAN GENARO.—MATILDE.

MATILDE.

¿A qué va Jorge á Aranjuez,
lo sabe usted?

S. GENARO.

Me ha encargado
guardar secreto...

MATILDE.

Y usted
como buen amigo, vamos,
tambien le ayuda...

S. GENARO.

Señora,

pues si he estado aqui luchando
por detenerle...

MATILDE.

Segun
eso todo está ya claro...
Esa mujer... ¿quién es ella?
usted lo sabe. Hace un rato
que usted me dijo...

GENARO.

¿Yo dije?...

(La cosa se va enredando.)

MATILDE.

Hable usted, hombre.

S. GEDARO.

El marqués...

MATILDE.

Me engaña... Sí, estoy al cabo,
¿pero con quién? ¿dónde, cómo?
¿á qué hora? hombre, vamos,
que con esa fria calma
me está usted desesperando.

S. GENARO.

Pues una vez que es preciso,
por usted á la amistad falto.
Salga pues este secreto
de un corazon lastimado.
Su esposo de usted adora...

MATILDE.

¿A quién?

S. GENARO.

Me asombra el pensarlo.
A Adela de Monreal.

MATILDE.

La que en el baile... Ya caigo...
¿Y usted estará celoso?

S. GENARO.

Su traicion me deja el campo
libre, que no inspira celos
un proceder tan villano.

MATILDE.

Tiene usted razon... su torpe
conducta nos pone á ambos
en la triste situacion
de olvidar y despreciarlos.
No hablemos mas. ¿Y esta noche
se va con ella?

S. GENARO.

El engaño.
es mayor, porque no sale
de Madrid.

MATILDE.

¡Ah!

S. GENARO.

Sin embargo,
no vendrá aquí... porque Adela
le está en su casa esperando,
y él con ella divertido
pasará la noche en tanto

que usted sin culpa sufriendo
llorará por él.

MATILDE.

¡Ingrato!

¿Puede caber en un hombre
tal ruindad, Dios soberano?
No es posible.

S. GENARO.

Yo no miento.

MATILDE.

Perdone usted mi arrebató;
es este corazón mio
que se me asoma á los labios.

S. GENARO.

Es natural.

MATILDE.

Para siempre
de su cariño me aparto.
Pero yo quisiera pruebas,
pruebas... pruebas que en el acto
y sin tardar confundieran
al vil, al traidor, al falso.

S. GENARO.

¿Pruebas? Esta misma noche,
si usted se encuentra con ánimo,
en casa de la que adora
le hallará usted.

MATILDE.

¿Yo? ¡Qué escándolo!

¿Yo descender á?... ¡Imposible!

S. GENARO.

No encuentro nada de extraño.

MATILDE.

Oh, no me atrevo...

S. GENARO.

¡Paciencia!

MATILDE.

¿No hay mas medio?

S. GENARO.

No lo alcanzo.

Porque mañana su esposo
con cualquier pretexto vano
vuelve á engañarla...

MATILDE.

Eso nunca,

antes quiero averiguarlo...

S. GENARO.

Pues no hay mas prueba, señora.

MATILDE.

¿Con qué en casa de ella?

S. GENARO.

Es claro.

MATILDE.

¿Y usted juzga fácil cosa?

S. GENARO.

¡Bah! No tenga usted cuidado.

Toma usted un coche, llega,
pregunta por mí, ocultando
siempre su nombre...

MATILDE.

Eso sí.

S. GENARO.

Y cuando esté mas ufano
su esposo, presento á usted...

y ambos así nos vengamos!
MATILDE. Bien, las señas de su casa
 y la hora fatal aguardo.
 Pues en la calle de... (*Jorge aparece por el fondo.*)
S. GENA. } (*Viendo á Jorge.*) ¡Jorge! (*Se separan.*)
MATILDE. }
JORGE. (Aun juntitos... Aquí hay algo.)

ESCENA XIV.

DICHOS.—MARQUÉS.

MARQUES. (Me parece que se turban.)
MATILDE. Jorge. (*Yendo hácia él.*)
MARQUES. (Si estaré soñando.)
MATILDE. Vuelves...
MARQUES. Por unos papeles
 que me son muy necesarios,
 y olvidé en este cajón.
MATILDE. Yo te ayudaré á buscarlos.
MARQUES. Tú?
MATILDE. Porque no te detengas,
MARQUES. (¿Qué tal, eh?) Pronto despacho.
MATILDE. ¿Con qué hasta mañana?...
MARQUES. Si.
MATILDE. (La otra le estará esperando.)
 (*Incomodada rasga unos papeles.*)
MARQUES. No me rompas los papeles.
 (Se impacienta porque tardo
 en irme. ¡Qué rabia!)

ESCENA XV.

DICHOS.—CORONEL.

CORONEL. ¡Hola!
 ¿Los esposos mano á mano?
 Me alegro mucho.
MARQUES. (Se alegra.)
CORONEL. Con toda mi fuerza aplaudo...
 Señor barón... (Este pez...)
S. GENARO. ¿Cuándo es la marcha?

ESCENA XVI.

DICHOS.—MOSQUERA.

- MOSQUERA. (*Al Coronel.*) El encargo que me hizo usted, está cumplido. El billete ya tomado devolví.
- CORONEL. Pues ya lo quiero
- MOSQUERA. ¿Otra vez?
- CORONEL. Si, ya me marchó, que reina la paz en casa.
- S. GENARO. (*La paz del perro y el gato.*)
- MOSQUERA. Según eso...
- CORONEL. Vuelve y tómale.
- MOSQUERA. Bien, señor. (*Y va de cuatro.*) (*Vase.*)
- MARQUES. Estos son. (*Cogiendo los papeles.*)
- MATILDE. Gracias al cielo.
- MARQUES. (*Aquí se queda su hermano mientras yo... ¡Yo no me voy! Salgo á la calle y el paso vuelvo por donde salí... Si llego á averiguar algo... ¡Dios mio! ¿estaré en berlina? No lo creo y sin embargo dudo de ella, y ¿por qué dudo? ¿Por qué? Porque yo he faltado.*)
- CORONEL. ¿Hablas solo, cuñadito?
- MARQUES. ¿Yo? no, estaba calculando...
- CORONEL. Creí...
- MARQUES. (*Volveré en seguida.*)
- MATILDE. Toma el sombrero.
- MARQUES. (*Dios santo, que prisa tiene.*)
- MATILDE. Te ruego que despaches bien tu encargo, que no te apresures...
- MARQUES. ¡Pues!
- MATILDE. Por mí no pases cuidado.
- MARQUES. (*¿Se burla de mi?*)
- MATILDE. A dios, Jorge.
- CORONEL. Si quieres, yo te acompaño...
- MARQUES. No, quédate en casa.

MAATILDE. (Quiere estar libre.)

CORONEL. (Por si acaso.) (Vase.)

ESCENA XVII.

MATILDE.—CORONEL.—SAN GENARO.

CORONEL. ¿Dónde va Jorge?

MATILDE. A... No sé.

S. GENARO. Segun dijo y por la traza parece que va de caza.

CORONEL. ¿De caza? Lo sospeché.

¿Ya la pasada tormenta trocóse en bien segun veo?

MATILDE. ¿Y tú lo crees?

CORONEL. Lo creo.

MATILDE. Pues no hay tal cosa.

(*El coronel se sienta al lado de Matilde.*)

S. GENARO. (Se sienta.) (Sale Juan con luces.)

¿Cómo la podré decir? pues si pierdo esta ocasion...

CORONEL. ¿Y que ha sido en conclusion?

S. GENARO. Si la pudiera escribir...

Ah! con lapiz... Ven acá. (*A Juan.*)

¿quieres ganar veinte duros?

JUAN. Si tal.

S. GENARO. Los tienes seguros si haces lo que mando

JUAN.

¡Ya!

S. GENARO. Hora y sitio. Esta tarjeta

(*Despues de escribir en ella.*)

hás de dar á tu señora,

á ella solo. Y toma ahora. (*Le da dinero.*)

CORONEL. Pues su conducta me inquieta.

S. GENARO. Señores. (*Despidiéndose.*)

MATILDE. ¿Se va usted?

S. GENARO. Si:

Tengo que dar cierto aviso y para ello es preciso que yo me ausente de aquí. (*Vase.*)

CORONEL. Me alegro de que nos deje.

Nunca de tí se separa...

ESCENA VIII.

CORONEL.—MATILDE.—MOSQUERA.—JUAN.

- MOSQUERA. Perdone usted. (Esta cara...)
(*Al entrar tropieza con el baron que sale.*)
- MATILDE. ¿Y quieres que yo me queje
porque respetuoso, humilde,
nos prodiga su amistad?
- CORONEL. Pero tanta asiduidad
es sospechosa, Matilde.
Además, ese baron
que tanto lujo mantiene
¿quién sabe de donde viene?
- JUAN. (Espíemos la ocasion.)
- CORONEL. Su amistad con tu marido
no me fué de buen agüero
despues del desaire fiero
que en esta casa ha sufrido.
- MOSQUERA. (Hablan del baron.) (*Desde el fondo.*)
- CORONEL. Su nombre
que él oculta cuidadoso
con ese título honroso,
me hace sospechar de ese hombre.
Esto se decia ahora
en cierta reunion, y allí
algunas frases oi...
- MATILDE. Quizá calumnia traidora...
- CORONEL. ¡Quién sabe! Allí se decia
que su nombre verdadero,
era el de José Romero.
- MOSQUERA. (Qué escucho.)
- CORONEL. Y uno añadia
mil pullas á su fortuna.
- MATILDE. Siempre la murmuracion.
- MOSQUERA. (¿José Romero el baron?)
Su nombre y cara son una
misma cosa para mí...
Aquí entre cejas le traigo...
¡José Romero!
(*Dándose una palmada en la frente.*)
(Ya caigo...
en donde la conocí.)
- CORONEL. ¿Qué es eso? ¿Traes el billete? (*A Mosquera.*)

- MOSQUERA. Si señor.
 CORONEL. Ya no me voy.
 Devuélvelo.
 MOSQUERA. Pues estoy
 lucido.
 CORONEL. Corre. (*Se va por la puerta izquierda.*)
 MOSQUERA. (*Y van siete.*)
 ¿ Con que el baron es aquel? (*Desde la puerta.*)
 JUAN. ¡ Señora!
 (*Acercándose con misterio á Matilde y enseñándole la tarjeta del baron.*)
 MATILDE. ¿ Eh? ¿ Qué me enseñas?
 JUAN. Esta tarjeta. (*Dándosela.*)
 MATILDE. Las señas (*Leyéndola.*)
 que me ha ofrecido.
 MOSQUERA. (*¡ Un papel!*) (*Que lo ha notado.*)
 MATILDE. (*Leyendo.*) » Alcalá, número veinte.
 » A las nueve de la noche.
 » Vaya usted sola y en coche.»
 MOSQUERA. (*¡ Criado mas insolente!*)
 MATILDE. ¡ Ciega estoy! ¿ qué haré Dios mio?
 (*Entra por la derecha.*)

ESCENA XIX.

MOSQUERA.— JUAN.

- MOSQUERA. (*Cogiendo á Juan por el cuello.*)
 Venga usted acá, bergante,
 y sepa que en adelante
 no ha de haber aquí más lío.
 Te he dicho serio y en calma
 que en servir bien te desveles,
 ¿ y tú me andas con papeles?
 Te voy á romper el alma.
 JUAN. ¡ Socorro!
 MOSQUERA. Calla, truhan,
 que además de sacudirte
 el polvo y de despedirte,
 vas á contarme el desman.
 ¿ Quién te ha mandado?...
 JUAN. Yo sudo.
 ¡ Ay, ay! ¡ que me hace usted daño!
 MOSQUERA. Voy á sacarte el redaño:

habla pronto ó te sacudo
de veras.

JUAN.

Bien, yo diré...

El baron...

MOSQUERA.

¿José Romero?

No digas más, ya lo infiero.

JUAN. Me suplicó y me ablandé.

MOSQUERA. Esta casa es un infierno,
yo no sé lo que aquí pasa;
pero en fin, en esta casa
hay algun mal muy interno.
Y á tí que al genio del mal
prestas tu cooperacion,
te dejo sin esternon.

¿Me entiendes ahora, animal?

ESCENA XX.

DICHOS.—MARQUES.

MARQUES. ¿Qué es eso?

MOSQUERA.

Lástima es

que vengan á detenerme.

JUAN. Los huesos quiere molerme.

MOSQUERA. Con razon, señor marqués.

MARQUES. ¿Con razon? Sépala yo.

MOSQUERA. (¿Cómo se lo digo á él?)

JUAN. Que hable.

MOSQUERA.

Calla tú.

JUAN.

¡Cruel!

MARQUES. ¡Silencio. (A Mosquera.) Dí.

MOSQUERA.

Me ofendió

porque... pues...

MARQUES.

(A hablar no acierta.)

Bien está. Salid de aquí.

MOSQUERA.

(¿Sospechará?)

JUAN.

(Bien salí.)

MOSQUERA.

(Por si acaso estaré alerta.)

MARQUES.

Que ignoren todos en casa
que en ella de vuelta estoy.

MOSQUERA.

(Cuando digo yo que hoy
algo aquí de extraño pasa.) (Vanse.)

ESCENA XXI.

MARQUES, solo.

Claro, ninguno ha querido
 el motivo confesarme;
 ya comienzan á engañarme
 mis criados; ¡soy marido!
 ¿La ventura de mi hogar
 habré perdido en un día?
 Dudo de la esposa mia,
 y no quisiera dudar.
 Pensamiento que me asombras,
 ¿por qué si ella ha delinquido
 vengo aquí como un bandido
 á espiarla entre los sombras?
 Celos el alma me oprimen...
 Yo di el ejemplo fatal,
 y es propio de un criminal
 ver en los demás el crimen.
 Voy á pedirla perdon
 de mi sospecha atrevida.
 (Se dirige á la puerta derecha.)
 Pero ella viene, y vestida
 para salir. (Se oculta.)

MATILDE.

¡Qué traicion!
 ¡Oh, qué inicua falsedad...
 Sí, confundirle prefiero!...
 ¡De todos modos me muero
 en esta horrible ansiedad!
 Me está el miedo acobardando,
 y la ira empuja mi amor;
 no sé si es miedo ó valor,
 sólo sé que voy temblando.
 Mucho ánimo necesito,
 pero es grande mi deseo:
 por la vez primera creo
 que he cometido un delito.
 En el silencio sagrado
 iré de la noche triste;
 también la virtud se viste
 con el traje del pecado.
 (Se va por el fondo. El marqués pálido y desen-

cajado se deja caer sobre un sillón: poco despues se levanta furioso.)

MARQUES. Ella, en quien yo la esperanza
de mi amor cifré há un instante,
tambien vergonzosa amante
su casa deja... ¡Venganza! *(Se dirige al cajon de la mesa, saca una pistola y baja al proscenio.)*
Todo acabó entre los dos...
Callado la seguiré...
¿Seré justo? No lo sé;
¡pero que me juzgue Dios!

ESCENA XXII.

EL MARQUES.— MOSQUERA.

MOSQUERA. ¡Señor! *(Poniéndose delante.)*
MARQUES. ¡Me engañan y quiero
apurar mi mala estrella!
MOSQUERA. ¡Si sospecha usted de ella,
máteme usted á mí primero!
MARQUES. ¡Atrás!
MOSQUERA. No le dejaré
salir solo. *(Se arrodilla.)*
MARQUES. Mi furor...
MOSQUERA. Permitame usted, señor,
que yo le acompañe á usted.
MARQUES. Mal tu cariño me increpa
cuando mi deshonra ves;
lo que más me irrita es
el temor de que se sepa.
(Mosquera quiere hablar.)
¡Calla! Ninguno esta mengua
á saber tiene derecho,
y si lo sabe tu pecho,
que no lo diga tu lengua.
En la sombra con recato
quede mi afrenta guardada.
MOSQUERA. ¡Señor!
MARQUES. Tú no sabes nada,
y si lo sabes te mato.
(Se deshace de él y se va por el fondo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Adela. Puertas laterales en primer término: un velador, sofá y butacas, etc. A la izquierda del actor, en segundo término, puerta secreta. Puerta al fondo.

ESCENA PRIMERA.

ADELA.—EI CONDE.—EI DUQUE.—DAMIAN.

DAMIAN. Pero, conde de mi alma,
¿cuándo cesa tu manía?
Dos horas hace que te oigo
ponderarme la corrida.
Que los toros fueron buenos,
que hubo lances y embestidas,
y estocadas recibiendo,
y suerte de banderillas;
todo eso será verdad,
pero si á mí no me quitan
el sueño los toros.

CONDE. Hombre,
te has perdido la corrida
mejor de la temporada.

DAMIAN. No lo tengo á gran desdicha.

CONDE. ¡Vaya unos vichos bien puestos,
qué estocadas y qué picas!

DAMIAN. ¿Y á mí qué?

CONDE. No tienes sangre

- española si criticas
esa diversion que sólo
en esta tierra se admira.
- DAMIAN. ¡Bah! Dejémonos de toros. (*Se levanta.*)
- ADELA. Damian, yo sufro la misma
suerte que usted, pues el duque
me tiene la sangre frita
ponderándome su tronco
y su yegua Constantina,
y sus...
- DAMIAN. ¡Lo que es la afición!
- DUQUE. ¿Qué hemos de hacer, voto á cribas?
Mientras los pobres trabajan
y los políticos gritan,
los ricos ¿qué hemos de hacer?
- CONDE. La ociosidad es maligna
para el alma y para el cuerpo,
según dice la doctrina.
- DUQUE. A mí sólo las carreras,
las *steeple chase* me dominan.
¡Vale más un buen caballo!...
- DAMIAN. ¡Qué afición tan decidida!
- ADELA. Y si no hubiera animales,
¿cómo ustedes vivirían?
- DUQUE. ¿Adela, es una indirecta?
- ADELA. No, lo digo sin malicia.
- DAMIAN. Hace días que no veo
al barón. ¿Qué es de su vida?
- CONDE. Amigo mío, el barón
está... si no lo creerías...
enamorado.
- DAMIAN. ¿De quién?
- CONDE. De la marquesa de Alcira.
- DUQUE. Damian, que Adela nos oye:
no renovemos la herida.
- ADELA. Hablen ustedes sin miedo,
(*Señalando al pecho.*)
que aquí no hay más que cenizas.
- DAMIAN. De todos modos su llama
no ha de ser correspondida.
- CONDE. ¿Por qué?...
- DAMIAN. Porque la marquesa
ama á su esposo, delira
por él.

CONDE.

Amor de casadas ;
mucho fuego al primer día,
al segundo ya se cansan,
y al tercero se fastidian.

DAMIAN.

Pues señores, por mi parte,
estoy montado á la antigua:
creo en el amor doméstico...

TÓDOS.

¡Ja, ja, ja!

DAMIAN.

Aunque os cause risa;
y no dudo del amor
de la marquesa de Alcira:
por su virtud en el fuego
ambas manos meteria.

ESCENA II.

DICHOS. — BARON.

S. GENARO. Pues no es prudente apostar...

¡quién sabe si perderias!

LOS TRES.

¡El baron!

DAMIAN.

Quando lo vea
creeré la apuesta perdida.

S. GENARO. (*Con petulancia formando con ellos un grupo al extremo. Adela pone atencion.*)

A veces quien ménos vale...

Yo espero aquí una visita
de cierta dama...

CONDE.

¿De quién?

DUQUE.

Su nombre.

S. GENARO.

No: ¿quién publica
favores de amor que pueden
comprometer?...

CONDE.

(*Al duque.*) Si es la misma...

DAMIAN.

(*Petulante es el baron.*)

S. GENARO.

¡Pedro! (*Llama al criado y habla con él.*)

PEDRO.

¡Señor!

S. GENARO.

Vete y cuida
de conducir á esta sala,
sin que nadie se aperciba,
á una señora que pronto
debe llegar. Si vacila
la dirás que yo la espero,
que de mí no desconfía;

y por la escalera falsa
que á esa parte comunica
la traes pasándome aviso.

PEDRO.
DUQUE.

Bien está. (*Vase.*)
¿Es la consabida?

(*Formando un grupo aparte con el conde y Damian.*)

ADELA.
DUQUE.

(*Al fin la verá á mis plantas.*) (*Levantándose.*)

ADELA.

¿Se va usted?

Una visita...

Pero en la sala de juego,
el tresillo les convida...

Vuelvo pronto. (*Vase por la derecha.*)

CONDE.

¡Qué mujeres!

(*Dando el brazo á Damian y siguiendo al duque y San Genaro.*)

¿Te atreverás todavía
á dudar que todas son
iguales ó parecidas?

DAMIAN.

Yo pienso como aquel santo,
ver y creer.

CONDE.

Lo decias

tú há poco, Damian amigo,
estás montado á la antigua.
(*Entran por la izquierda.*)

ESCENA III.

La escena queda sola un momento: ábrese la puerta secreta y aparece PEDRO guiando á la MARQUESA que viene cubierta.

PEDRO.

Aquí debe usted esperar,
segun me dijo el baron.

MATILDE.

Está bien, esperaré;
avisale pronto.

PEDRO.

Voy. (*Vase.*)

ESCENA IV.

MATILDE.

MATILDE.

¿Dónde me llevan los celos, (*Quitándose el velo.*)
á dónde mi turbacion?

¿qué sombrío pensamiento
 el alma me cautivó,
 que me empuja hácia adelante
 con loca fascinacion?
 ¡Locura extraña la mía!
 vengo á sorprenderle yo,
 y verle será mi muerte...
 No quiero verle ¡qué horror!
 volvámonos!—Ah! no puedo...
 ¡Lucha horrible, lucha atroz!

ESCENA V.

MATILDE.—ADELA.

- MATILDE. ¿Quién viene? (*Cubriéndose.*) ¡Es ella!
 ADELA. (*Desde la puerta.*) (Por fin
 nos encontramos las dos.
 Quiero gozarme en su pena
 que hartó su orgullo me hirió.)
 (*Alto á la Marquesa.*)
 ¿Quién con el rostro cubierto
 penetra en mi habitacion?
 ¿Quién es la que así se oculta?
 Si el espanto ó el rubor
 se lo ordena, que se aleje.
 ¿No me responde usted?
- MATILDE. No.
 ADELA. ¿Es de vergüenza?
 MATILDE. ¡De rabia
 y de mortal afliccion!
- ADELA. Descúbrase usted. — ¡Abajo (*Le quita el velo.*)
 ese velo... ¡Santo Dios! (*Mirándola.*)
 La marquesa aquí!
- MATILDE. Sin duda
 ya no le extraña que yo
 venga á su casa cubierta.
- ADELA. Se me alcanza la razon,
 mas tenga usted entendido
 que yo aquí la dueña soy.
- MATILDE. ¿Es decir que todavía
 sin piedad ni compasion
 ante la esposa ultrajada
 levantará usted la voz?

Es decir que yo, ofendida,
no he de poder, justo Dios,
echarle en cara mis penas
y decirle sin temor:
«¡delante de mí, señora,
baje usted los ojos!...»

ADELA.

MATILDE.

¡Oh!
¡Que nunca miró de frente
á la víctima el traidor!

ADELA.

¡Basta! Si á usted la extravía
tanto cariño, á mí no.

MATILDE.

Ya sé que está usted serena,
ya sé que su corazón
no tiembla, porque no pierde
la dicha que pierdo yo.

Pero no vengo á esta casa
á lamentar mi dolor,
vengo á buscar una prueba
terrible de su traicion.

ADELA.

MATILDE.

¿Y esa prueba?..

ADELA.

¿Dónde está
mi esposo?

¡Tanto rigor!
Si usted no se calma..

MATILDE.

Es cierto;
no vean mi turbacion;
quiero, como usted, tener
una máscara y valor
para ocultar mi semblante,
espejo del corazón.

Me calmaré, si señora,
y tranquila y sin temor
le esperaré sonriendo,
como usted en su ilusion
le espera todas las noches
llena de impaciente amor...

ADELA.

¿no es verdad? Ya estoy serena.
¿A qué esa triste ficcion?
Veo que usted sufre mucho,
¡y ese es mi triunfo mejor!
¡La desgracia nos iguala!
pues olvidada de Dios,
yo he cruzado mi camino
en alas de la ambicion.

Pero escuché hablar de usted,
de su virtud, de su amor,
y tantos elogios juntos
trastornaron mi razon:
era usted siempre el modelo
de todo: á mi alrededor
no se hablaba de otra cosa;
y creció mi indignacion,
y áun ántes de conocerla,
ya la odiaba á usted.

MATILDE.

¡Qué horror!

Ahora lo comprendo todo...
mas desprecio su intencion.

ADELA.

Marquesa, no tan felices
se las prometa usted.

MATILDE.

Yo
sé lo que arriesgo, señora,
porque me sobra valor.

ADELA.

Los celos pierden á muchas.

MATILDE.

Guarde usted esa razon
para aquellas que no pueden
mirar cara á cara al sol,
porque sus rayos no alumbren
las manchas que hay en su honor.

ADELA.

¡Me alhaga al par que me irrita
su orgullosa condicion!
En esta implacable lucha,
yo la vencedora soy,
y la mujer á quien todos
consagran su admiracion,
viene encubierta á mi casa,
envidiosa de mi amor.

MATILDE.

¡Envidiosa! ¿Usted se atreve
á suponer sin razon
que pueda envidiarse nunca
ese inexplicable amor
que se oculta como un crimen,
que es vergüenza, y no pasion,
que delante de las gentes
no se atreve á alzar la voz,
que va minando en las sombras
con sigilosa intencion
la ajena felicidad,
el bien que nunca alcanzó?

¡Oh! si esa llama culpable
 diera á mi vida calor,
 ántes que sentir su impulso
 me arrancára el corazon!
 ADELA. (Admiro su fortaleza,
 á pesar de mi rencor.)

ESCENA VI.

DICHAS.—SAN GENARO.

S. GENARO. (Es ella, fiel al reclamo.)
 MATILDE. ¡Ah! es usted. ¡Gracias á Dios
 que le encuentro! Amigo mio,
 salgamos sin dilacion
 de esta casa; ¡aquí me ahogo!
 S. GENARO. ¿Cómo? sorprendido estoy...
 ADELA. Yo por mi parte la dejo
 sola con su protector. (Vase.)

ESCENA VII.

SAN GENARO.—MATILDE.

MATILDE. Baron, salgamos de aquí.
 S. GENARO. Su esposo no tardará.
 MATILDE. Nada quiero saber ya.
 S. GENARO. ¿Está usted segura?
 MATILDE. Sí:
 salgamos ¡arde mi sien!
 de esa muger el desaire
 me asesina... ¡quiero aire!
 no se respira aquí bien.
 S. GENARO. Tenga usted en mí confianza
 y cálmese usted un momento,
 pues de aplacar su tormento
 abrigo yo la esperanza.
 Es preciso prevenir
 el mal á su tiempo, pues...
 yo que me tomo interés
 por usted, no he de sufrir...
 Marquesa, es muy malo el mundo,
 y el humano corazon
 es un abismo...

MATILDE.

¡Baron!

S. GENARO. Explicaré en lo que fundo...
 Su esposo ¡si es increíble!
 se olvida de su cariño,
 porque el amor, ciego y niño,
 corre tras de lo imposible.
 Será una fatalidad
 que quizás á usted asombre,
 mata el amor en el hombre
 la mucha seguridad.
 Jorge con alma afanosa
 sólo volverá á querer
 si teme un dia perder
 el cariño de su esposa.

MATILDE. ¿Y qué mujer se divierte
 con farsa tan fementida?

Cuando el amor es la vida,
 se llega honrada á la muerte.

S. GENARO. (*Mirando hácia la puerta secreta.*)

¿Quién? Parecióme escuchar
 ruido á esa parte. No hay nada.

(*Aparte.*) (Marquesa, la hora es llegada
 de morir ó de triunfar.)

(*Alto.*) Yo al mirar que usted sufría
 por causa de su marido,
 aquí en mi pecho he sentido
 su desgracia como mia.
 Yo que he tenido ocasion
 de admirar su fortaleza,
 su talento, su belleza,
 sentí tanta compasion,
 y tanto en ello pensé,
 que por honda simpatía
 se gravó en el alma mia
 un amor...

MATILDE.

No acabe usted.

S. GENARO. He callado por respeto
 á usted, en quien yo miraba
 la esperanza que halagaba
 en silencio mi secreto.
 Si á usted la ofende esta llama,
 culpa ha sido del amor.

MATILDE.

Me ofende sólo el valor
 de decirme que me ama.

Que me hace su amor ofensa,
 lo veo en que aguarda aquí
 á declararse ¡ay de mí!
 porque me ve sin defensa.
 Pero si no puede ser:
 lo que dice usted, baron,
 delirios nada más son,
 y ambos debemos hacer
 por olvidarlos.

S. GENARO.

Bastante
 callé un día y otro día,
 cuando usted no presumia
 que el amigo era un amante.
 Los desprecios que usted llora
 pueden trocarse en ventura;
 yo adoraré su hermosura
 de rodillas, como ahora.
(Va á arrodillarse, ella se lo impide.)

MATILDE.

Levántese usted, pues siento
 que voy perdiendo la calma,
 y que se me enciende el alma
 al mirar su torpe intento.
 Hazaña debe de ser
 digna de eterna alabanza,
 burlar así la esperanza
 de una infelice mujer.
 Entrar fingiendo amistad
 en su casa, y allí, astuto,
 dar la delacion por fruto
 de su primera maldad.
 Avivar una pasión,
 favorecer unos celos,
 sembrar sospechas, recelos,
 y preparar la ocasión.
 Si la mujer impaciente
 la red con sus celos labra,
 ántes que los labios abra,
 el vicio mancha su frente.
 Y luego, al verla caer,
 con sonrisa de impiedad
 el hombre grita: «¡Mirad,
 no hay virtud en la mujer!»

S. GENARO. Pero disculpa merece
 el amor cuando es sincero.

- MATILDE. He dicho á usted, caballero,
que no puedo oírle.
- S. GENARO. (¡Crece
mi furor!)
- MATILDE. Así... (*Queriendo salir.*)
- S. GENARO. Señora,
óigame usted.
- MATILDE. Nada tengo
que escuchar.
- S. GENARO. Pues le prevengo
que me ha de escuchar ahora.
- MATILDE. ¿Me impide usted la salida?
- S. GENARO. ¡Quién sabe! Desesperado
ya, por usted despreciado,
¿de qué me sirve la vida?
- MATILDE. ¡Oh, basta, quiero alejarme!
- S. GENARO. ¡Imposible! mi furor,
si desprecia usted mi amor,
servirá para vengarme.
- MATILDE. ¡Oh, déjeme usted! (*Da un paso para salir.*)
- S. GENARO. (*Cogiéndole una mano.*) Es tarde.
- MATILDE. (*Desprendiéndose de él.*)
¡Atrás! Quien pone villano
en una mujer la mano,
es un vil, es un cobarde.
- S. GENARO. Señora, que ya á estallar
está pronto mi furor.
- MATILDE. Pues si tiene usted valor,
acábeme de matar.
- S. GENARO. ¡Cielos! (*Retrocediendo.*)
- MATILDE. ¿Mi audacia le espanta?
- S. GENARO. ¿Qué ocasiona mi inquietud?
- MATILDE. La fuerza de la virtud
que tras de mí se levanta.
¿Lo ve usted? Entre los dos,
usted es quien sufre y pena
mientras que yo estoy serena
confiando en mi honor y en Dios.
Pero usted con ese fiero
rencor, indigno de un hombre,
está afrentando hasta el nombre
de noble y de caballero.
Con los celos por mi mal
me dió usted ayer el veneno:

aquí tiene usted mi seno,
 cláveme usted el puñal.
 ¿ No? Pues entónces no hay nada
 que aquí me detenga más.
 ¡ Atrás! caballero, atrás,
 paso á una mujer honrada!
 (*San Genaro permanece inmóvil, Matilde sale por
 el fondo*)

ESCENA VIII.

SAN GENARO.

Quise luchar y vencer...
 mas ¿qué influjo misterioso
 encadenó mi poder?
 ¿Quién puede salir airoso
 contra una débil mujer?
 Su esposo humilde cayó
 á los piés de otra belleza;
 mas ella se resistió;
 ¿cómo tanta fortaleza
 en una mujer se vió?
 Triste, afligida la ví,
 despues su labio violento
 me apostrofó, y presumí
 que era mi remordimiento
 que se alzaba contra mí.
 ¡ Mal haya mi confianza!

VOCES DEN. ¡ Baron!

S. GENARO.

Me llaman... ¿qué haré?

Ya perdi hasta la esperanza
 de vengarme, si...

(*Viendo el manton que Matilde habrá dejado al
 salir.*)

No á fe,
 aquí tengo mi venganza. (*Coge el manton.*)

Oh, si, mañana dirán
 todos lo que afirme yo;
 que la marquesa en su afan
 esta prenda se dejó
 en brazos de su galan. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA IX.

MATILDE.

MATILDE. Nadie. En ese corredor
 he andado casi perdida
 sin encontrar la salida
 ¿ Por dónde entré? Que rumor...
 siento pasos. ¿ Quién será?
 Que no me vean aquí. (*Se oculta.*)
 (*Al mismo tiempo asoma Jorge por la puerta se-
 creta y Adela por la derecha, y ven á Matilde
 que se oculta por la segunda puerta derecha.*)
 (No me he engañado.)

JORGE.

ADELA.

JORGE.

ADELA.

JORGE.

ADELA.

Está allí.
 (*Viendo á Adela.*) Es ella.
 (*Viendo á Jorge.*) ¡ Jorge! vendrá
 sin duda por mí... (¡quién sabe!)
 (Tranquilizarme conviene)
 (No habrá visto nada... El tiene
 de esa salida la llave.)

ESCENA X.

ADELA.—JORGE.

ADELA.

JORGE.

ADELA.

JORGE.

ADELA.

JORGE.

ADELA.

Jorge, ya estaba impaciente... (*Alto.*)
 su tardanza me afligía...
 sin vernos en todo un día...
 ¿ Jorge, qué extraño accidente?
 (Comprendo... ella escuchará.)
 (De vengarme es la ocasión.)
 (*Acercándose á la puerta por donde se ocultó Ma-
 tilde.*)
 ¡ Que largos los días son! (*con coqueteria.*)
 acérquese usted acá.
 A su mandato sumiso
 estoy siempre.
 Cerca... así.
 ¿ se ha olvidado usted de mí?
 ¿ Esa pregunta?
 Es preciso.
 Mi propia tranquilidad

exige que usted me diga,
si aún en su memoria abriga
recuerdos de mi... amistad.

JORGE. Mi memoria fiel ha sido,
no olvidó.

ADELA. (*Muy alegre.*) Bien por mi vida.

JORGE. Justo, porque nadie olvida
aquello que no ha querido.

ADELA. (*Levantándose.*) ¡Marqués! ¿Habré estado yo
soñando? Antes venia
usted aquí, y me decia...

JORGE. ¿Acaso lisonjas?

ADELA. (*Pasa al otro lado.*) ¡Oh!

JORGE. Nunca desconoceré
lo mucho que la debí;
y usted me conoce á mí,
y yo la conozco á usted.
Cosas del mundo, señora,
yo á mi Matilde...

ADELA. ¡Qué escuchol

JORGE. Si antes la queria mucho,
aún la quiero mas ahora.

ADELA. A insultarme usted se atreve
sin duda en mi propia casa.

JORGE. Mi prudencia no traspasa
mas allá de lo que debe.
Y aunque tarde, fuerza es ya
tener una explicacion...

¡Qué largas las horas son!... (*Con ironía.*)

¡Acérquese usted acá!

Hablemos en paz los dos.

Yo, pobre mortal, creia
que algo del mundo sabia,

y me engañé, vive Dios:
pero hay mujeres tan bellas

que le hacen á uno caer
en la idea de creer

que existe algo bueno en ellas.

Mujeres que en su rigor
la ajena ventura envidian,

y por destruirla lidian
con las armas del amor.

ADELA. No me debo incomodar (*Reprimiéndose.*)
con usted: es una broma,

y el tiempo malo se toma
como el bueno...

JORGE.
ADELA.

A no dudar.

Teme usted que yo desarme
su enojo injustificado,
y al verme aquí no ha encontrado
mas medio que el de insultarme.

Guarde su enojo fatal,
que puede ser todavía
que con él pague algun dia
la ventura conyugal.

A veces, áun sin razon,
la virtud más respetada
á pagar se ve obligada
su buena reputacion.

Que nunca falta un ardid...
mas molestándole estoy...
con que... á Dios... Marqués... (¡Me voy
á cien leguas de Madrid!)

ESCENA XI.

JORGE.—MATILDE.

JORGE. ¿Qué querrá decir? Me tienen
sus palabras alarmado...
pero estaré con cuidado.

¡Matilde! (*Acercándose á la puerta derecha.*)

MATILDE.

¡Jorge!...

(*Asomándose para salir á la misma puerta.*)

JORGE.

(*Señalando al ruido.*) ¡Qué vienen!

(*Vuelve ella á ocultarse, y Jorge se queda en el fondo.*)

ESCENA XII.

JORGE.—SAN GENARO.—DAMIAN.—DUQUE.—CONDE, sin ver al
marqués.

DUQUE. Ya se ha marchado la corza
dejándonos á la luna
de Valencia.

S. GENARO.

Este, señores.
prenda fué de la ventura

que aquí gozó el alma mia
al ver su rostro.

CONDE. Sin duda
temió por nosotros , y eso
que ningun hombre se asusta
de estas cosas.

DUQUE. Sí , Damian
piensa con devocion suma
que puede el amor vivir
bajo la nupeial coyunda.

DAMIAN. No la juzgué tan liviana.

CONDE. Siempre acierta quien mal juzga.

DUQUE. Baron , con este trofeo
de una virtud tan adusta
puedes ya tu biblioteca
enriquecer. Si pregunta
algun curioso por él ,
con un rasgo le dibujas
la cabeza del marido
que debe ser algo ruda.

CONDE. Verdad es. Y cuando en todas
partes sepan la aventura,
vereis como al verle entrar
murmuran en voz confusa
las frases de « ¡ pobre hombre...
y como lo disimula !... »

DUQUE. Mientras él pondrá una cara...

S. GENARO. Mi mente se lo figura,
muy fosco , muy espetado,
mientras la risa circula
por el salon...

TODOS. ¡ Já , já , já !

DUQUE. Sin que él averigüe nunca...

CONDE. Ya creo que lo estoy viendo.

DUQUE. Yo tambien. ¡ Já , já !

*(El marqués baja sin ser visto hasta colocarse en
medio de ellos : el conde y el duque suspenden de
pronto la risa quedando como estátuas.)*

S. GENARO. Me gusta.

ESCENA XIV.

DICHOS.--JORGE.

JORGE. ¡Já, já! reid, el marido
con vosotros capitula;
¿ó preferís que en su engaño
os ponga la cara adusta
como esos pobres celosos
que sus desgracias abultan?
¡Reid! ¡es chistoso el lance!...
¿Están vuestras lenguas mudas?
miradme... ¿No os causo risa?
¿Mi semblante no os anuncia
por lo fosco y por lo uraño
que merezco vuestras burlas?
¿No me creéis engañado,
y que mi honra se anubla?
Pues soltad la carcajada,
que es graciosa la aventura.
¡Marqués!

S. GENARO

JORGE.

¡Silencio! Una vez
que el chiste no continúa,
tendré que formalizarme,
aunque mucho me disgusta.
(*Al baron cambiando de tono*)
Esa prenda que un malvado
con vil intento disculpa,
es un robo que á mi esposa
se hizo aquí con torpe astucia.

S. GENARO.

¡Vive el cielo!

JORGE.

Aquí, delante
de todos, mi lengua acusa
á este hombre de ladron...

S. GENARO.

¡Sangre me pide esa injuria!

JORGE.

Señores, desde esa puerta
oí la verdad desnuda.
Este hombre ruin ha inventado
la más vil de las calumnias.
Si hay aquí quien le apadrine...

S. GENARO.

¿Sereis mis padrinos?

DAMIAN.

(*Volviéndole la espalda.*)

Nunca.

DUQUE. } Yo sí.
 CONDE. }
 S. GENARO. ¡ Mil gracias, señores !
 salgamos y que se cumpla
 lo que el destino disponga.
 JORGE. Ya la tardanza me abruma.

ESCENA XV.

DICHOS. — MATILDE.

MATILDE. Jorge, en nombre de mi amor,
 tú que sabes su impostura
 desprécialo.

TODOS. ¡ La marquesa !

S. GENARO. ¿ Qué es esto ?

JORGE. Aunque me repugna
 la venganza, necesito
 castigar su lengua inmunda.
 Vamos.

MATILDE. Detente.

JORGE. No puedo.

MATILDE. ¡ Por Dios !

JORGE. ¡ Dios es quien me escuda !
 (Van á salir, los detienen el Coronel y Mos-
 quera.)

ESCENA XVI.

DICHOS.—EL CORONEL.—MOSQUERA.

CORONEL. Jorge.

JORGE. ¡ Atrás !

CORONEL. Dios te prohíbe
 que descieras de tu altura,
 por cruzar tu noble acero
 con un criminal.

S. GENARO. (¡ Me insulta !)

DUQUE. ¿ Qué dice usted, coronel ?

CORONEL. Lo que mi honor asegura.
 El baron de San Genaro
 no descende de alta alcornia,
 y ese título que ostenta,
 descaradamente usurpa.

De la cárcel de Valencia
huyó burlando la astucia
de todos.

MOSQUERA. Yo soy testigo.
Compañero, te saluda
otro que estuvo en la cárcel
aunque por distinta culpa.

DUQUE. ¿Me entiendes, José Romero?
Baron, la ofensa es tan pública,
que si es cierto lo que dicen
á nuestra amistad renuncia.

S. GENARO. De esa acusacion terrible
razones daré oportunas
luego que venga el ultraje
que me hizo el marqués.

DUQUE. Ninguna
ofensa igual al delito
que cara á cara te imputan.

MOSQUERA. Si él á negarlo se atreve
dirá el juez lo que presuma.
Yo le conocí en la cárcel,
y por estafa.

TODOS. ¡Oh! (*Separándose de él.*)

S. GENARO. ¡Nunca!
(*A Jorge con desesperacion.*)
Si no es usted un cobarde,
el duelo no se interrumpa.

DUQUE. Poco á poco, yo no debo
ser padrino...

CONDE. Ni yo.

JORGE. ¿Dudan
los que tanto celebraban
su criminal aventura?

CONDE. Tiene usted razon, Marqués.

DAMIAN. La leccion es oportuna.

MARQUES. En cuanto á usted, no merece
ser objeto de mi furia.
Lo abandono á la justicia,
que ella juzgue su conducta.

MOSQUERA. De eso he de encargarme yo
no sea que se escabulla.

S. GENARO. Dispuesto á sufrir mi suerte
nada me espanta ni asusta. (*A Matilde.*)
Pero usted cuya virtud...

MATILDE. ¡Declaraciones absurdas!
 si yo sé que soy honrada,
 y mi esposo no lo duda.
 Jorge lo que aquí ha pasado
 sabe bien.

MOSQUERA. Con que apresura (*Al baron.*)
 el paso, José Romero,
 verás que vida tan cuca
 en el Saladero pasas;
 te espera abajo una turba
 de civiles. Con que anda
 derecho. (*Se lo lleva.*)

ESCENA ÚLTIMA.

Dichos menos BARON.—MOSQUERA.

DAMIAN. Si nuestra súplica,
 marquesa, alcanza el olvido
 que su bondad nos anuncia,
 perdone usted el agravio...

JORGE. Será esta noche la última
 que pasemos en Madrid.
 Mañana mismo la ruta
 emprendemos á Italia.
 No teman ustedes que huya
 de la sociedad por eso...
 Aunque los ruines abundan,
 la sociedad no es tan mala
 como ustedes se figuran.

MATILDE. La sociedad no es impía;
 y á pesar de sus errores,
 rinde al fin justos loores
 al que honrado en ella fia.
 ¡Mengua al que en su ingritud,
 envilecido y violento,
 con villano pensamiento
 escarnezca la virtud!
 ¡Yo iré de ella siempre en pos!
 ¡Que la virtud en su esencia
 es la paz de la conciencia,
 es la justicia de Dios!

FIN DEL TERCERO Y ÚLTIMO ACTO.



TÍTULOS DE LAS OBRAS.

NOMBRES DE LOS AUTORES. PRS.

Los dos ciegos.....	Libreto.	D. Luis de Olona.....	4
Pablito.....	Idem.	Idem.....	4
Por cana más ó ménos.....	{ Libreto.	Antonio Carralon de la Rua...	4
	{ Música.	Manuel Crescj.....	140
Por un paraguas.....	{ Libreto.	Luis García Lra.a.....	4
	{ Música.	Lázaro Núñez-Robres.....	140
Un estreno. (Monólogo).....	Libreto.	José D'Aranjo.....	2
Un ayo para el niño.....	Música.	Emilio Arrieta.....	160

EN DOS ACTOS.

Bruschino.....	Libreto.	Sres. Olona y Pina.....	6
De incógnito.....	{ Idem.	D. Cárlos Frontaura.....	6
	{ Música.	Sres. Giosa y Cepeda.....	300
El postillon de la Rioja.....	Libreto	D. Luis de Olona.....	6
El resucitado.....	{ Libreto.	Luis Rivera.....	6
	{ Música.	Tomás Gonzalez Yañez.....	250
Entre mi mujer y el negro.....	Libreto.	Luis de Olona.....	6
La cola del diablo.....	Idem.	Idem.....	6
Marina.....	Música.	Emilio Arrieta.....	250
Llamada y tropa.....	Idem.	Idem.....	250
¡ Quién manda, manda !.....	Idem.	Idem.....	280

EN TRES Ó MÁS ACTOS.

Amor y misterio.....	Libreto.	D. Luis de Olona.....	8
Amor y arte.....	{ Libreto.	José Zorrilla.....	8
	{ Música.	Joaquin Balart.....	360
Amar sin conocer.....	Libreto.	Luis de Olona.....	8
Azón Vizconti.....	Música.	Emilio Arrieta.....	360
Catalina.....	Libreto.	Luis de Olona.....	8
Campanone.....	{ Idem.	Sres. Frontaura y Rivera.....	8
	{ Música.	Sres. Mazza y Di-Franco.....	360
Dos coronas.....	Idem.	D. Emilio Arrieta.....	360
El arca de Noé.....	Idem.	Manuel Crescj.....	320
El valle de Andorra.....	Libreto.	Luis de Olona.....	8
El hijo de familia ó el lancero voluntario.....	{ Idem.	Sres. Olona, G. Gutierrez y Ayala.	8
	{ Música.	Varios maestros.....	300
El sargento Federico.....	Libreto.	D. Luis de Olona.....	8
El juramento.....	Idem.	Idem.....	8
El paraíso en Madrid.....	Idem.	Luis Rivera.....	8
El secreto de una dama.....	Idem.	Idem.....	8
El agente de matrimonios.....	Música.	Emilio Arrieta.....	360
El caudillo de Baza.....	{ Libreto.	Luis de Olona.....	8
	{ Música.	Emilio Arrieta.....	360
El dominó azul.....	Idem.	Idem.....	340
El planeta Vénus.....	Idem.	Idem.....	360
Galanteos en Venecia.....	Libreto.	Luis de Olona.....	8
Giralda ó el marido misterioso.....	{ Idem.	Cárlos Frontaura.....	8
	{ Música.	Mr. Adam.....	400
La embajadora.....	{ Libreto.	Antonio María Segovia.....	8
	{ Música.	Extranjera.....	400
La cacería real.....	Idem.	Emilio Arrieta.....	360
La Estrella de Madrid.....	Idem.	Idem.....	360
La tabernera de Lóndres.....	Música.	Emilio Arrieta.....	360
Los piratas.....	Libreto.	Luis Rivera.....	8
Los magyares.....	Idem.	Luis de Olona.....	8
	{ Idem.	Idem.....	8
	{ Música.	Emilio Arrieta.....	360
Los circasianos.....	Libreto.	Luis de Olona.....	8
Mis dos mujeres.....	{ Idem.	José Aparici.....	8
	{ Música.	Gabriel Ba'art.....	360
Rival y Duende.....	Música.	Luis de Olona.....	8
Un día de reinado (Mital).....	Libreto.	Luis Rivera.....	8
Un viaje alrededor de mi suegro.....	Idem.	Luis Rivera.....	8
Un trono y un desengaño. (3. ^a parte).	Música.	Emilio Arrieta.....	360

OBRAS.

Comentarios del emperador Cárlos V.	D. Luis de Olona.....	16
Historia de la música española (4 tm).	Mariano Soriano Fuertes.....	100
Ecos nacionales (Poesías).....	Ventura Ruiz Aguilera.....	12
Ecos del alma (Id.).....	Eduardo Zamora y Caballero..	8
Veladas poéticas (Id.).....	Ventura Ruiz Aguilera.....	6
El beso de Judas (Novela).....	Idem.....	6
La niña Expósita (Id.).....	Eduardo Zamora y Caballero..	8
Historia de una venganza (Id.).....	Manuel Fernandez y Gonzalez	8
Una virgen y un demente (Id.).....	Luis García de Luna.....	8
Catecismo de la Doctrina y Compendio de la Historia Sagrada	Juan Diaz de Baeza.....	4
Ética elemental.....	Idem.....	42

* Cuando se ejecute alguna obra, cuya propiedad ignoren los señores comisionados, exigirán el libro impreso para si pertenece á esta Galería reclamar y cobrar los derechos.

VENTA EN MADRID.

LIBRERÍA DE LA VIUDA É HIJOS DE D. J. CUESTA,

Calle de Carretas, número 9.

EN PROVINCIAS.

Albacete.	Cánovas.	Martos.	Armillas.
Alcoy.	Payá é hijo.	Murcia.	Herberos de Andrión.
Andújar.	Brunet.	Motril.	Ballesteros.
Algeciras.	Joarizti.	Mahón	Vinent.
Alicante.	Lloret.	Orense	Perez.
Almería.	Alvarez.	Orihuela.	Martinez.
Aranjuez.	Santistéban.	Oviedo	Lorente.
Avila.	Gomez.	Osuna.	Montero.
Bailen.	Moreno Sellés.	Palencia.	Gutierrez é hijos.
Badajoz.	Coronado.	Palma.	Gelabert.
Baeza.	Segura.	Pamplona.	Ríos y Barrena.
Barcelona.	Mayol.	Pontevedra.	Hernando.
Bilbao.	Astuy.	Puerto de Santa María.	A. Rafozo.
Búrgos.	Hervias.	Puerto Rico (Mayagües)..	Mestre y Tomas.
Cabra.	Castilla.	Reus.	Prius.
Cáceres.	Valiente.	Ronda.	Gutierrez.
Cádiz.	Verdugo, Morillas y Compañía.	Sanlúcar.	Oña.
Ceuta.	Bosqui.	San Fernando.	Molinelo.
Córdoba.	Lozano.	Santa Cruz de Tenerife.	Savoie.
Cuenca.	Mariana.	Santander.	Hernandez.
Castellón.	Perales.	Santiago.	Escribano.
Ciudad-Real.	Acozta.	Soria.	Perez Rioja.
Coruña.	Lago.	Segovia.	Revilla.
Cartagena.	Muñoz.	San Sebastian.	Garralda.
Calatayud.	Hidalgo y Ucelay.	Sevilla.	Alvarez y Comp.
Chiclana.	Cañizares.	Salamanca.	Huebra.
Ecija.	Isla.	Segorbe.	Mengort.
Ferrol.	Tajonera.	San Ildefonso.	Alderete.
Figuera.	Bosch.	Tarragona.	Font.
Gerona.	Dorca.	Toro.	Tejedor.
Gijón.	Crespo y Cruz.	Toledo.	Fernandez.
Granada.	Zamora.	Teruel.	Baquedano.
Guadalajara.	Oñana.	Tudela.	Izalzu.
Habana.	Uriarte.	Talavera.	Castro (Sanchez.)
Haro.	Quintana.	Tarazona.	Ventura.
Huelva.	Osorno é hijo.	Valencia.	García.
Huesca.	Guillen.	Valladolid.	Hijos de Rodríguez.
Jaen.	Hidalgo.	Vigo.	Fernandez Dios.
Jerez.	Alvarez Aranda.	Vitoria.	Hidalgo.
Leon.	Viuda de Miñón.	Villanueva y Geltrú.	Creus.
Lérida.	Casals.	Ubeda.	Perez.
Lugo.	Viuda de Pujol y hermano.	Zamora.	Fuertes.
Lorca.	Gomez.	Zaragoza.	Viuda de Heredia.
Logroño.	Brieha.		
Loja.	Cano.		
Málaga.	Laá.		
Manila.	Oloná y Comp.		
Mataró.	Clavel.		